UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993564 4

Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/teatrobena29bena

TEATRO

TOMO VIGÉSIMO NOVENO

JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

TEATRO

TOMO VIGÉSIMO NOVENO

Lecciones de buen amor. — Un par de botas.
La otra honra.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1925

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Imp. de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

LECCIONES DE BUEN AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Español, de Madrid, en la noche del 2 de abril de 1924.

A Pepita Díaz de Artigas

y a Santiago Artigas,

admirables intérpretes de esta sencilla obra.

Jacinto Benavente.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARITA	JOSEFINA DÍAZ DE ARTIGAS.
LEONOR	CARMEN ORTEGA.
FEDERICO	SANTIAGO ARTIGAS.
EUGENIO	MIGUEL POZANCO.
ANTONIO	VICTORIANO ALEMÁN.
TITÍN	NIÑA MARÍA PAZ MOLINERO.
CRIADO	ANICETO ALEMÁN.

LECCIONES DE BUEN AMOR

ACTO PRIMERO

Despacho elegante.

ESCENA I

CLARITA escribe a máquina. FEDERICO entra con gabán y sombrero.

FEDERICO

¿Ha terminado usted?

CLARITA

En seguida; sólo faltan dos cartas.

FEDERICO

No se dé usted prisa: las firmaré mañana. Esta noche no como en casa; aún no es hora, pero antes tengo que ver a un amigo.

CLARITA

Si espera usted unos minutos...

FEDERICO

Esperaré.

CLARITA

Puede usted firmar todas éstas. Fíjese usted en ésta; no sé si entendí bien lo que usted deseaba decir.

FEDERICO

Sí lo habrá usted entendido.

CLARITA

No sé; lea usted por si acaso.

FEDERICO

Está muy bien, dulcificado; pero es mejor. Lo malo es que volverá a insistir en la petición.

CLARITA

Eso de todos modos. Ya le conoce usted.

FEDERICO

Sí, no engaña a nadie. Ya ve usted cómo encabeza siempre sus cartas: «Mi estimado amigo», y lo escribe con equis. *(Entra un criado.)*

CRIADO

Con su permiso.

FEDERICO

¿Qué?

CRIADO

Don Eugenio pregunta por el señor; desea verle con urgencia. Le dije que no sabía si estaba usted en casa.

FEDERICO

¡Vaya, llegaré tarde! Que pase.

CRIADO

¿Aquí?

FEDERICO

Sí, aquí.

CLARITA

Yo termino en seguida, y les dejo a ustedes.

FEDERICO

No, puede usted quedarse; el asunto no será reservado para él. Lo de siempre: disgustos conyugales; la pelotera semanal, seguida de la reconciliación quincenal, que sólo sirve para que su mujer nos odie más cada día a los que intervenimos como abogados o como amigos, más como amigos, naturalmente.

CLARITA

¡Ya, ya!

ESCENA II

DICHOS y EUGENIO con TITÍN de la mano.

FEDERICO

¡Eugenio! ¿Qué es esto? ¿Qué te sucede? ¡Tú con el niño!

EUGENIO

Perdona, chico, perdona. Ya me dijo el criado que ibas a salir. Perdona. *(Al niño.)* Calla.

TITÍN

(Llorando.) ¡Mamá! ¡Mamá!

EUGENIO

¿No callas?

FEDERICO

¡Vaya por Dios! ¡Siempre los hijos!

TITÍN

¡Mamá! ¡Mamá!

EUGENIO

¡Te he dicho que te calles!

TITÍN

¡No quiero!

EUGENIO

¡Mira que volvemos a casa!

TITÍN

¡No quiero!

FEDERICO

Ven aquí, Titín; no llores. Mira, esta señorita te va a dar dulces. *(A Clarita.)* Clarita, haga usted el favor; llévele usted al comedor; dele usted alguna golosina; entreténgale usted como pueda.

TITÍN

¡No quiero!

CLARITA

Ven conmigo, rico, ven. Yo tengo muchos juguetes muy bonitos, y voy a contarte un cuento precioso.

TITÍN

¡No quiero!

CLARITA

¡Anda! ¡Si tú eres muy bueno!

TITÍN

¡No!

CLARITA

¡Sí! Muy bueno, verás. Oye.

EUGENIO

¡Sí, Federico, sí; no puedo más; es para pegarse un tiro! *(Al ver que se ha callado Titín.)* ¡Gracias a Dios! ¡Entre el hijo y la madre! ¡Qué mujer, Federico, qué mujer!; pero ¡se acabó!, ¡se acabó! ¡Ahora sí que se acabó! ¡Te lo juro que se acabó! ¡Puedes creérmelo! ¡Ahora sí que la separación es para siempre! *(Clarita ha salido con Titín durante este diálogo.)*

FEDERICO

¡Sí, sí! ¡Qué locos sois! ¡Qué locos! ¡Cómo destrozáis vuestra vida! ¡Cómo estáis educando a vuestro hijo!

EUGENIO

Eso sí. ¿Cómo quieres que se eduque con esa madre? El chico no me respeta. ¿Cómo va a respetarme? No me quiere tampoco. ¿Cómo va a quererme? Y eso es lo que no puede ser y lo que yo no puedo tolerar. Por eso vengo a pedirte un favor. Mi mujer se ha ido de casa.

FEDERICO

¡Qué locura!

EUGENIO

Y yo me voy también.

PEDERICO

Ya estáis de acuerdo en algo.

EUGENIO

Cada uno por su lado.

FEDERICO

Y ¿qué lado es el tuyo, vamos a ver?

EUGENIO

Yo salgo esta noche para Bilbao a liquidar los asuntos que tengo allí pendientes, para irme al extranjero con mi hijo.

FEDERICO

¡Así! ¡Grandes resoluciones!

EUGENIO

No lo sabes tú bien.

FEDERICO

Ahora que está bonito el extranjero para viajar.

EUGENIO

El infierno será para mí un paraíso.

FEDERICO

Y tu mujer, ¿adónde ha ido?

EUGENIO

No lo sé, ni me importa.

FEDERICO

Pues debes averiguarlo, no haga el demonio que vayas a encontrarte con ella.

EUGENIO

Sí lo sé. Con su hermana Julia, que siempre está de su parte. Desde que tuve la desgracia de perder a mi suegra...; porque, ¡asómbrate!, para mí fué una desgracia. Mi suegra era la única persona razonable de la familia.

FEDERICO

Todo en tu vida es extraordinario.

EUGENIO

Mi suegro, en cambio, es un botarate. Y mis cuñadas, ya las conoces. Como todas las solteronas, y feas, por añadidura. La única guapa era mi mujer, por mi desgracia; debía de haber sido también fea, como sus hermanas, y solterona.

FEDERICO

Eso, sobre todo.

EUGENIO

¿Pero es que no vas a tomarme en serio? ¿Tú crees que lo que me sucede es cosa de risa?

FEDERICO

Para ti, no; pero para los espectadores, como conocemos el final de la tragedia...

EUGENIO

¡Ah!... ¡No!... ¡Ahora no!... ¡Basta ya!... ¡Basta!... Yo esperaba que mi mujer pudiera corregirse con los años.

FEDERICO

Con los años. Pero si no dejáis pasar un día sin una de estas tormentas. Si yo creo que no podéis vivir de otro modo. Con franqueza, Eugenio: sois tal para cual. Dos chiquillos mal criados por vuestros padres, y por la vida, que os ha mimado mucho también. Como nada os falta, como no tenéis que pensar en nada serio...; es decir, debíais pensar en vuestro hijo, porque, en fin, si estos disgustos, si estas continuas reyertas, tuvieran algún fundamento...

EUGENIO

Pues eso es lo triste, lo intolerable.

FEDERICO

No; eso es lo ridículo, lo que os quita la razón a uno y a otro, y una razón contra otra razón, puede ser una tragedia, como tú dices; pero una sinrazón contra otra es siempre un sainete. Por eso no te indignes conmigo si sólo me ves serio para aconsejarte como un buen amigo tuyo y de tu mujer, aunque ella no lo crea, por culpa tuya. ¡Como que por ti he tenido que intervenir siempre en vuestras desavenencias, y es un papel tan poco airoso!...

EUGENIO

Bueno; ahora no pido consejos ni reflexiones, que agradezco; pero te aseguro que hoy he llegado a la desesperación, y estoy decidido a todo. Ya te dije que me iba de Madrid. Volveré en seguida para recoger a mi hijo.

FEDERICO

Está bien.

EUGENIO

Pero mi hijo se queda aquí, en tu casa, contigo. Es el favor que vas a hacerme. No me digas que no. Mi hijo no vuelve con esa mujer.

FEDERICO

¿Estás loco? ¿Y ahora no va a saber dónde está su hijo?

EUGENIO

No; no sabe nada. No lo sabrá.

FEDERICO

¿Pero no comprendes que es inicuo? ¿Con qué derecho vas a separarla de su hijo? ¿No ves a lo que te expones?

EUGENIO

No me importa. Me importa mi hijo, su educación, su porvenir.

FEDERICO

Pero yo no voy a hacerme cómplice de ese secuestro; porque eso es un secuestro.

EUGENIO

Es por dos días, Federico; yo te lo suplico; hazme ese favor. Ya sé que es una molestia, un engorro, que el chico está muy mal criado; pero yo no tengo a quién confiárselo más que a ti. La mecanógrafa parece una buena muchacha; ya ves cómo lo ha callado. Ella puede cuidarle, si es que a ti te molesta. Es por dos días, Federico, por dos días.

FEDERICO

Pero... hombre, hombre.

EUGENIO

Es mi tranquilidad, Federico.

FEDERICO

Pero ¿qué va a decir tu mujer?; y el niño, ¿tú crees que va a acostumbrarse en cuanto se vea aquí solo?

EUGENIO

¡No lo creas! Estará encantado sin nosotros.

FEDERICO

Pero ¿no te avergüenzas de decirlo? Sin sus padres...

EUGENIO

¡Qué quieres!, es la verdad. Todos los hijos ganarían con cambiar de padres.

FEDERICO

Pero hombre... Paso por la locura de dejar así a tu hijo en una casa extraña; pero en esta casa... ¿No tienes a quién confiárselo mejor que a mí, a un soltero? Aquí no puede estar bien atendido yo no tengo costumbre...

EUGENIO

Por eso, Federico, por eso. Aquí no oirá discusiones ni peloteras.

FEDERICO

Eso no.

EUGENIO

Cualquiera se fía de matrimonios.

FEDERICO

¿Y si llora?, ¿y si enferma?

EUGENIO

Es muy sano. Yo sé que Clarita le cuidará muy bien; es una buena muchacha.

FEDERICO

Pero yo no sé si tampoco está acostumbrada a chicos, y yo no sé...

EUGENIO

Es por dos días, y si te molesta demasiado, dejo a tu discreción...

FEDERICO

Quieres que yo sea el que avise a tu mujer que yo tomo al chico, y que ella crea una vez más que yo estoy de acuerdo contigo.

EUGENIO

No, a mi mujer no la dices nada, ¡de ningún

modo! Si el chico te molesta demasiado, me pones un telegrama, que no recibiré, porque estaré ya en camino.

FEDERICO

Entonces no pondré contestación pagada.

EUGENIO

No sabes cuánto te lo agradezco. Eres mi único amigo.

FEDERICO

Pues cree que, en esta ocasión, lo deploro.

EUGENIO

No, Federico. ¡Adiós, hasta la vuelta!

FEDERICO

Pero oye, ¿es que te vas? ¿Es que es en serio? ¡Ah, no, no! Yo no creía que fuera de veras. Llévate al niño.

EUGENIO

No, Federico. Es por su bien. No me niegues este favor, por lo que más quieras. Piensa lo que significas para mí cuando te confío a mi hijo.

FEDERICO

Sí, sí; pero comprende que...

EUGENIO

Lo comprendo todo. Sé lo que vale tu amistad, sé lo que haces por mí. ¡Todo! Gracias, Federico, gracias. No me despido. ¡Gracias! *(Sale.)*

ESCENA III

FEDERICO; después un CRIADO; más tarde CLARITA.

FEDERICO

Bueno, bueno. *(Toca un timbre y sale el Criado.)*

CRIADO

¿Qué manda el señor?

FEDERICO

¿Qué iba yo a decir? ¡Ah! Sí. Avise usted a la señorita Clara, que venga con el niño si no llora; aunque llore, que venga. *(Sale el Criado y poco después entra Clarita con Titín.)*

FEDERICO

Bueno, bueno...

CLARITA

¿Me llamaba usted?

FEDERICO

Sí. ¿Se ha callado? ¡Menos mal!

CLARITA

Sí; está muy contento. Le he dado unas pastas, le he llevado a ver el gato.

LUDUVINA

¡Menos mal! Es guapo el niño.

CLARITA

Muy guapo.

FEDERICO

Sí; pues no sabe usted. Su padre...

CLARITA

¿Han tenido otro disgusto?

FEDERICO

Sí; tenemos disgusto. No sabe usted. Su padre se ve de Madrid; vuelve pronto; pero no va, se ha ido. Y la mamá del niño se ha ido también.

CLARITA

¿Y han dejado al niño?

FEDERICO

Me han dejado al niño. ¡Nos lo han dejado!, por dos días dice su padre, dos días. No tengo que decirle a usted que durante estos días la necesito a usted.

CLARITA

Don Federico, ya sabe usted...

FEDERICO

Sí; veremos cómo salimos de esto. Con tal que no se ponga malo.

CLARITA

No creo.

FEDERICO

Yo no sé. No puedo estar siempre en casa; de los criados no me fío. La necesito a usted. Hágame usted el favor de venir un poco más temprano, y de irse un poco más tarde, y estos dos días, ¡gracias a que son dos días!, almuerza usted y coma usted aquí, y no me atrevo a decir que duerma usted aquí, no me atrevo, claro está. Perdone.

CLARITA

Nada, don Federico. Yo estaré aquí todo el tiempo que pueda. Vendré temprano, almorzaré aquí

con el niño, comeré, le dejaré acostado, y en cuanto se duerma, me iré como siempre. Como será un poco tarde, vendrá mi hermanillo a buscarme.

FEDERICO

No, que la lleve a usted el auto, y que la traiga también, y salga usted a paseo con el niño por las tardes; hay que pasearle. Y... ¿qué tendrá costumbre de comer? Rico, Titín; te llamas Titín, ¿verdad? Valentín, como su abuelo; pero sus papás le llaman Titín, ¿verdad? Vaya, no llora, ¡menos mal! Oye, Titín.

TITÍN

¿Y mi papá? ¿Dónde está mi papá?

FEDERICO

¡Ahora es ella!, si echa de menos a su padre. Tu papá vuelve en seguida.

TITÍN

¡No quiero!

FEDERICO

No quiere. ¡Menos mal! Tenía razón su padre. Oye, Titín, ¿qué te gusta a ti comer?

TITÍN

Natillas, yemas de coco...

FEDERICO

¿Y qué más? Eso son postres. ¿Qué comías en tu casa?

TITÍN

Filetes, patatas, chuletas...

FEDERICO

Bueno, ya oye usted.

TITÍN

(A Clarita.) Cuéntame otro cuento.

CLARITA

Sí, rico, sí; en seguida.

FEDERICO

¿Le ha contado usted un cuento?

CLARITA

Ya ve usted, sin saber, lo primero que se me ha ocurrido. A mí nunca me han contado cuentos.

TITÍN

Cuéntame un cuento.

FEDERICO

Cuéntele usted alguno.

CLARITA

¡Por Dios!

FEDERICO

Yo tenía que salir; pero me da no sé qué dejarla a usted sola con el chico. Si le da a usted guerra.

CLARITA

No. ¿Verdad que eres muy bueno? Los chicos son como son con ellos. Yo oigo muchas veces decir a algunas madres: ¡Qué chico este más malo, es un castigo!, y no es castigo; casi siempre es justicia.

FEDERICO

Tiene usted razón, y en este caso lo sería más que nunca. Ya ve usted lo conforme que está; ni se acuerda de sus padres. ¿Te gusta esta casa?

TITÍN

Sí.

FEDERICO

¿Te gustaría quedarte aquí?

TITÍN

Sí; quiero quedarme con ésta.

FEDERICO

Señorito, se dice. Señorita Clarita.

CLARITA

Clarita, que va a quererle mucho, y él va a ser muy bueno. A mí me ha dicho un pajarito que eres muy bueno.

TITÍN

No soy bueno. Mamá dice que no soy bueno.

CLARITA

Sí; si te lo ha dicho para que seas mejor.

TITÍN

Dice que soy como papá.

FEDERICO

Ya oye usted.

CLARITA

No; si tu papá es muy bueno.

TITÍN

No; mamá dice que es muy malo. Que es como el abuelo.

FEDERICO

También el pobre abuelo. ¡Vaya por Dios!

CLARITA

¡Qué cosas se oyen! ¡Qué vida!

FEDERICO

¡Ya, ya! Luego le dicen a uno que por qué no se casa.

CLARITA

Eso digo yo.

FEDERICO

No, Clarita, no se case usted.

CLARITA

Pues ¿por qué cree usted que he trabajado yo toda mi vida, y trabajaré mientras pueda, sea como sea?; porque me ha asustado siempre el matrimonio, los matrimonios que se ven por el mundo. ¡Qué desgracia! Porque no crea usted que el de su amigo de usted es algo excepcional.

FEDERICO

Ya sé que no. Los hay peores. Aquí siquiera todo es mal carácter, mala educación...

CLARITA

Sí; pero mire usted: el niño parece que no se entera y nos está escuchando. Es un error creer que los niños no comprenden. Comprenden demasiado pronto. Es la equivocación de los ma-

yores, y ¡qué hondas son las impresiones que se reciben de niño, y como influyen para toda la vida!

FEDERICO

Veo que se interesa usted por los niños.

CLARITA

Siempre. La carrera de maestra era mi vocación.

FEDERICO

Es verdad. Me lo dijeron cuando me la recomendaron a usted. No recordaba.

CLARITA

Tuve que dejarlo porque era preciso atender a mi casa. Urgía ganarse la vida. No esté usted impaciente, puede usted irse cuando quiera, yo esperaré hasta que se duerma.

FEDERICO

Sí; pero hay que disponer dónde se le acuesta. Antes tendrá que tomar algo.

CLARITA

Descuide usted, yo me encargo de todo. No se preocupe usted. Avise a los criados para que sepan... Yo me cuidaré de todo.

FEDERICO

Muchísimas gracias. Usted perdone. Ya veo que la molestia no será para mí.

CLARITA

Para mí, ninguna.

FEDERICO

Es por dos días. *(Vuelve a llamar y a salir el Criado. Al Criado.)* El niño estará aquí unos días. La señorita Clarita dispondrá lo que haga falta; atiéndanla ustedes en todo lo que necesite.

CRIADO

Está muy bien. *(Sale.)*

FEDERICO

La cocinera refunfuñará un poco; no le haga usted caso.

CLARITA

No dirá nada.

FEDERICO

Bueno, se me ha hecho tarde. *(A Clarita.)* Clarita no sé como agradecer... *(A Tilín.)* Te quedas con esta señorita. No darás guerra. ¿Vas a ser muy bueno?

CLARITA

Muy bueno. Si él es muy bueno.

TITÍN

Cuéntame un cuento.

FEDERICO

Cuéntele usted un cuento, y siento no oírlo.

CLARITA

Pues sí que será gracioso.

FEDERICO

Si supiera usted que a mí me divierten los cuentos.

CLARITA

Todos somos siempre algo niños, y si supiéramos serlo siempre...

FEDERICO

Es verdad. Hasta mañana, Clarita; ya me dirá usted cómo se porta el huésped. Adiós, Titín; que seas bueno.

CLARITA

Muy bueno, ya verá usted. No tenga usted cuidado.

FEDERICO

No, ya no lo tengo; ya veo que tiene usted ángel para los chicos. Hasta mañana. *(Sale.)*

CLARITA

Hasta mañana, don Federico. *(A Titín.)* Ahora vamos a ver dónde le ponemos una camita al niño. Vas a dormir aquí; verás que bien; una camita muy bonita, toda dorada, con su colcha de color de rosa, y antes de acostarte vas a comer una cosa muy rica, y luego te contaré un cuento, y luego te acuesto, y vas a dormir muy bien, y antes de dormir vamos a rezar para que seas bueno, y todos seamos buenos.

TITÍN

¿Papá y el abuelo también?

CLARITA

Esos ya son buenos. Los papás y los abuelos siempre son buenos.

TITÍN

¿Y qué hay que hacer para ser bueno?

CLARITA

Pues ser como tú eres ahora. No llorar, no ser

malo, decir que todos son buenos, querer a todos mucho.

TITÍN

¿Tú eres buena?

CLARITA

¡Ay, no sé, hijo mío! Nadie sabe de uno mismo. ¿Qué te parece a ti? ¿Soy yo buena? No me dices nada; pero me miras y me parezco bien al mirarme en tus ojos. Dame un beso.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

FEDERICO y ANTONIO. Antonio escribe a máquina.

FEDERICO

(Repasando una carta.) ¡No, esto no es lo que yo le he dicho a usted!, ¡de ninguna manera!

ANTONIO

Usted dirá; vea usted la nota.

FEDERICO

No, vea usted...

ANTONIO

¡No sabré yo leer!

FEDERICO

Mire usted, Antonio, estamos muy nerviosos y mejor es que lo dejemos por hoy.

ANTONIO

Opino lo mismo; está usted muy nervioso.

FEDERICO

Sí, es verdad, muy nervioso. Puede usted retirarse.

ANTONIO

Si no manda usted otra cosa, muy buenas tardes. *(Sale. Federico llama, y entra el Criado.)*

FEDERICO

¿Qué hace la señorita Clara? ¿Está con el niño?

CRIADO

Sí, señor; con el niño, que hoy está muy fastidioso.

FEDERICO

Hoy estamos todos fastidiosos. Quisiera yo saber por qué les fastidia a ustedes el niño, ¡a ustedes!; que lo dijera la señorita Clara, que es quien trajina con él, quien le cuida, ¡la única!; porque ustedes...

CRIADO

Yo, señor; no es de mi incumbencia.

FEDERICO

Está bien, no vamos a discutir. Diga usted a la señorita Clara que haga el favor de venir, aunque sea con el niño, si no puede dejarlo.

CRIADO

Está bien. Le advierto al señor que la María ha dicho que se despide.

FEDERICO

Y por el niño también, por el niño... ¡Es un encanto!

CRIADO

El señor no sabe el trabajo que da una criatura pequeña.

FEDERICO

¡Enorme! ¡Lástima que no tuvieran ustedes media docena propios!

CRIADO

Yo no he dado motivo al señor para que me trate de ese modo. De un servidor no puede tener queja el señor.

FEDERICO

Está bien. Llame usted a la señorita Clara.

ESCENA II

FEDERICO y CLARITA.

CLARITA

¿Me llamaba usted?

FEDERICO

Sí. Usted perdone. ¿Y el niño? ¿Ha podido usted dejarlo?

CLARITA

Sí; le he dejado entretenido con los juguetes que le trajo usted ayer.

FEDERICO

Hoy creo que está insoportable.

CLARITA

Un poco fastidioso; hay que tener paciencia.

FEDERICO

Ya la estará a usted fastidiando. Y decía su padre que era por dos días, y ya van cuatro y su padre sin venir y sin decir nada. ¡Es inaudito! Yo avisaría a su madre; pero ya sería peor: creería que este secuestro del chico era cosa conve-

nida por mí con su marido. ¡Ya me tiene bastante entre ojos! Pero qué modo de trastornarle a uno la vida por mi carácter. Digo: no hay carácter que valga cuando se da con gente como estos padres, tan despreocupados, tan frescos... ¡Mire usted que no haber puesto ni una carta a estas horas, ni un telegrama! ¡No decir si viene o no viene!

CLARITA

Sí que es despreocupación.

FEDERICO

¡Le digo a usted! Yo no puedo llamarme viejo; pero estoy educado a la antigua, y estas libertades, esta despreocupación con que se tratan ahora las gentes unas a otras, no, no puedo acostumbrarme. Es como el *jaz-band* y el *foot-ball*, que, crea usted, son algo simbólico de los tiempos: estridencias y patadas. ¡Así va el mundo!

CLARITA

¡Y pobre del que no se ponga a tono!...

FEDERICO

Vamos a ver. Hágame usted el favor. Quisiera dejar hoy despachadas esas cartas y esos escritos: Antonio me ha puesto nervioso. ¡Otro del tiempo!

Displicente, desabrido para el trabajo, en espera de la gran revolución social, que le dejará tan torpe, tan bruto y tan desagradable. Porque yo no digo que algún día yo no pudiera estar en ese sitio escribiendo, y él en éste dictándome; aunque no sé yo lo que pudiera dictarme; pero por mucho que él gozara humillándome y pensando: «¡Ah, burguesote explotador!, ¡ya eres mío!», no sabe él que siempre pensaría yo más fuerte: «¡Pero qué bruto eres! ¡Qué bruto!»

CLARITA

¿Me hará usted el favor de creer que cuando yo estoy en este sitio no pienso como él que es usted el burgués explotador?

FEDERICO

No creo serlo, y sé que usted no lo cree tampoco; ni por estar usted en ese sitio y yo en éste me creo superior a usted.

CLARITA

Eso, no. Yo sólo pongo en mi trabajo buena voluntad, honradez.

FEDERICO

¿Y eso es poco? Cuando se trabaja con buena voluntad, con honradez, como usted dice, no

puede haber nunca superiores ni inferiores, ni puede decirse quién sirve a quién entre el que manda y el que obedece.

CLARITA

¿Es ésta la nota?

FEDERICO

Sí, ésa. Antonio en estos días me ha perturbado todo el trabajo. ¡Qué diferencia!

CLARITA

Muchas gracias.

FEDERICO

Tampoco yo he trabajado nada. Es que el chico, aunque no se quiera, es una pesadilla, una preocupación. ¿En qué estaría yo pensando cuando me dejé convencer? No, no fué convencer; fué un atraco. ¡Ahí queda eso, y anda con Dios! ¡Qué padres, qué padres! No tengo la cabeza para nada.

CLARITA

Calle usted.

FEDERICO

¿Qué pasa?

CLARITA

¿Oye usted al niño? Algo le ha pasado; voy corriendo. *(Sale Clarita muy de prisa.)*

FEDERICO

En cuanto le ha dejado usted, por culpa mía. *(Vuelve Clarita con Titín llorando.)* ¿Qué es? ¿Qué ha sido?

CLARITA

¡Calla, calla! No es nada; que se había subido a una silla a alcanzar no sé qué, entró Pepe de pronto y le asustó.

FEDERICO

Sí, ellos habían de ser.

CLARITA

¡Calla, precioso, calla! ¡Si no ha sido nada!

TITIN

¡Bruto, animal!

CLARITA

No, Titín, nadie te ha hecho nada; has sido tú.

TITÍN

Me ha pegado. ¡Bruto, animal!

CLARITA

No es verdad; nadie te ha pegado. No mientas, que es muy feo. Vamos, ven conmigo; no incomodes a don Federico.

TITÍN

No quiero ir contigo. Déjame. No te quiero.

CLARITA

¿No me quieres? ¿Ya no me quieres?

TITÍN

No te quiero. Déjame. Quiero irme a mi casa.

CLARITA

Vamos, Titín; si eras tan bueno, ¿vas a echarlo a perder?

FEDERICO

Era mucho pedir.

TITÍN

¡Déjame, quita!

FEDERICO

¿Qué es eso? Vamos a ver, Titín. ¿Le ha levantado a usted la mano?

CLARITA

No, no. ¿Verdad que no?

FEDERICO

Sí; le ha pegado a usted. ¡Cuidadito!

TITÍN

¡Ay, ay!

CLARITA

¡No, por Dios!

FEDERICO

¡Es intolerable! Ahora mismo le llevo con su madre. ¡No faltaba más!

CLARITA

¡No, por Dios, no se incomode usted! ¡Pues si los chicos siempre estuvieran graciosos y quietos!... ¡Cómo se ve que no está usted acostumbrado a ellos!

FEDERICO

Claro que no.

CLARITA

¿Ves? Don Federico se ha enfadado mucho. Mira, oye, no llores. Van a creer que eres malo, y yo sé que eres muy bueno. *(Entra el Criado.)*

CRIADO

Con permiso. Esta carta.

FEDERICO

¡Hombre! De su padre. ¡Muy bien! Al cabo de cuatro días, una carta. Vamos a ver. *(Después de leerla.)* ¡Oh! ¡Inaudito! ¡No!, pues esto no.

CLARITA

¿Malas noticias?

FEDERICO

¡Calle usted! ¡Desahogo semejante! Que su mujer salió para Bilbao a buscarle, creyendo, es natural, que se había llevado al chico; que del disgusto está enferma y tienen que quedarse allí hasta sabe Dios cuándo. No dice cuándo. Que su mujer está más tranquila sabiendo que el niño está aquí. Menos mal que le ha dado por ahí. Y nada más. ¡Vamos, si le digo a usted que es para tomar el tren o facturarles el chico! Pero ¿no comprenden el trastorno, la responsabilidad que es para mí? Usted lo sabe; yo no he podido hacer nada en estos días, y gracias a usted; pero eso es también una preocupación para mí: usted se molesta, falta usted de su casa, usted no hace otra cosa que atender al chico, y cuando falta usted, yo no

vivo; si salgo por las noches, como de costumbre, estoy violento; duermo intranquilo; me parece que le oigo llorar; despierto a los criados, que están insoportables. La cocinera, ya sabe usted que se ha despedido...

CLARITA

Sí, eso dice. No haga usted caso, ya la convenceremos.

FEDERICO

A todo el mundo le molestan los chicos menos a usted.

CLARITA

A mí también; pero tengo paciencia, me hago cargo, el mismo cargo que hay que hacerse con los grandes cuando molestan más que los chicos, ¿no lo cree usted?, y sin compensación, porque un niño, sólo con verle contento, sólo con verle reír, ya lo compensa todo, y Titín va a ser muy bueno, porque sabe que usted le quiere y yo también, y cuando vengan su papá y su mamá, les diremos que ha sido muy bueno. Mira, ahora vas a estarte aquí, quietecito, mientras yo escribo.

FEDERICO

¡No, por Dios! ¡No escriba usted!, lo dejaremos. Atiéndale usted, que no llore, que no rabie; sobre

todo, que no se ponga malo, ¡no quiero pensarlo! y que vuelvan pronto sus solícitos padres. Pero ¿por qué se casarán los que no saben ser padres? Ya ve usted, no es mío el chico, y, usted lo ve, desde que está aquí yo no vivo; todos los cuidados me parecen pocos, y sus padres estarán tan tranquilos.

CLARITA

Es una prueba de confianza, que debe usted agradecerles.

FEDERICO

Si fuera eso. ¿Pero usted cree que ellos se figuran que el chico está atendido de este modo? Si no lo estuviera, les daría lo mismo. ¿Saben ellos que una persona como usted, se desvela, se desvive por su hijo? *(Entra el Criado.)*

CRIADO

Con permiso. La señorita Leonor pregunta por el señor.

FEDERICO

¿La señorita Leonor? ¡Qué ocurrencia!

CRIADO

Sabe que está el señor en casa; por eso no he podido decir que no sabía si estaba usted.

FEDERICO

Que pase, que pase. *(Sale el Criado. A Clarita.)* Perdone usted, Clarita.

CLARITA

No faltaba más. Vamos, Titín; ven a merendar; da un beso a don Federico, que te quiere mucho.

FEDERICO

Para el caso, como si le quisiera.

CLARITA

Ahora le parece a usted mentira; pero el día en que vuelvan sus padres y se lo lleven, le echará usted de menos.

FEDERICO

Es posible; pero ahora, créalo usted, no veo la hora de verme tranquilo, y, ¡gracias a usted!, ¡gracias a usted! *(Sale Clara y Titín en el momento de aparecer Leonor en la escena.)*

ESCENA III

FEDERICO y LEONOR.

LEONOR

¡Qué novedades!

FEDERICO

¿Novedades?

LEONOR

No, a la mecanógrafa con honores de secretaria ya la conozco, la conozco demasiado; está aceptada como algo irremediable.

FEDERICO

¡No digas tonterías! Te he jurado y perjurado, y tú lo sabes, y no insistas, porque me molesta.

LEONOR

¡Qué tono!

FEDERICO

Sí, me molesta que nadie pueda pensar lo que yo no he pensado nunca, lo que ni se me ha pasado siquiera por la imaginación. Es una estupi-

dez muy española esa de creer que entre un hombre y una mujer no puede haber más que relaciones maliciosas.

LEONOR

Es que como eso es lo más español entre hombres y mujeres; como no estamos en los Estados Unidos ni en Inglaterra, en esos países adelantados, donde, entre paréntesis, sucede lo mismo que aquí, sólo que no se enteran, o no quieren enterarse. Pero no te sulfures, porque no son celos; no es mi cuerda. Nos conocemos hace mucho tiempo para molestarnos ahora con celos...

FEDERICO

Nos tratamos hace mucho tiempo. ¡Conocernos! Nadie conoce a nadie; tú me lo demuestras.

LEONOR

Me dirás que no conozco a los hombres.

FEDERICO

Como yo a las mujeres. ¡Ilusiones!

LEONOR

Los hombres no, los hombres nunca nos conocen.

FEDERICO

Pues es un triste privilegio vuestro, que no debéis agradecer; que os amen y que no os conozcan; es decir, que no les importa conoceros. A mí no me halagaría que me quisiera nadie sin conocerme, y si me quieren creyéndome distinto de lo que soy, ni lo estimo, ni lo agradezco.

LEONOR

Yo por mi parte te conozco bien. Sé que eres todo un caballero.

FEDERICO

Sí, ya se ve; me crees capaz de ser el seductor de una pobre muchacha que se gana la vida a mi servicio, con su trabajo honrado.

LEONOR

¡El seductor! ¡No tanto! ¡Ni qué tiene que ver eso con la caballerosidad!

FEDERICO

¡Muy bien! ¡Ya veo que me conoces!

LEONOR

¡Si no conoceré yo a los hombres!

FEDERICO

En plural, acaso.

LEONOR

Bueno; de acuerdo en que te molesta que te hablen de la mecanógrafa, y a mí no me gusta molestar, no cultivo ese *sport;* pero oye, ¿cómo es que no vienes a casa? Todos preguntan por ti.

FEDERICO

Ya te lo dije. Ya sabes la novedad.

LEONOR

¿La del niño de tu amigo Eugenio? ¿Pero de veras es ése el motivo? ¡Qué gracioso! ¡Vamos, Federico, yo nunca había creído que me tuvieras por tonta!

FEDERICO

Pues, créelo o no lo creas, ya has visto al niño, ya sabes que está aquí.

LEONOR

Pero no es un motivo para que no salgas de casa por las noches; para que no vayas a la partida; para que no vayas ninguna tarde, como antes; para que me recibas así; para que estés tan ner-

vioso, tan... ¿qué sé yo? Todo por el niño. ¡Vamos, vamos! La historia es muy complicada.

FEDERICO

Como tú quieras. Capítulo primero. ¡Pero qué afán de no creer nunca lo más sencillo, lo natural, lo verosímil!

LEONOR

No; lo verosímil, no. Lo verosímil no es que un matrimonio desaparezca de Madrid de la noche a la mañana, y le dejen el chico a un amigo soltero, sin personas de respetabilidad en su casa.

FEDERICO

Como tú no conoces a Eugenio ni a su mujer; como no sabes que están peleados con toda su familia; que no tienen más amigos que yo. Además, su mujer no sabía que el niño estaba aquí. Ahora sí lo sabe; pero están en Bilbao; ella está enferma; no pueden venir tan pronto.

LEONOR

¡Qué embrollo! ¡Y que los hijos con nadie están mejor que con sus padres!

FEDERICO

Esa es mi opinión.

LEONOR

Por eso tú te has hecho cargo del chico.

FEDERICO

Pero... ¿qué quieres decir?

LEONOR

Nada, nada; no vaya a molestarte como lo de la mecanógrafa. La mujer de un amigo íntimo, tu caballerosidad. ¡No, por Dios!; pero confiesa que por mucho que los amigos no queramos darnos por enterados, si tú disimulas tan mal...

FEDERICO

Ni mal ni bien, y si sólo has venido para eso...

LEONOR

¿Para qué?

FEDERICO

Para desmerecer conmigo; que..., acaso no lo sepas, como no sabes nada de mí, por lo visto, te estimaba como una mujer casi excepcional.

LEONOR

Pues si el serlo consiste en no ver lo que ve todo el mundo...

FEDERICO

No digas que lo ve todo el mundo. Nadie ha podido verlo, nadie puede creerlo. El mundo no es tu casa, por fortuna; pero yo creía que tú eras muy superior a esa gente que te rodea: hombres necios, desocupados, maldicientes, y mujeres interesadas en que todos tengan por qué callar para que no hablen de ellas.

LEONOR

Yo no trato con otra gente, ¿verdad? Pues hasta hace dos días te encontrabas muy a gusto entre nosotros; tú lo decías. Vaya, Federico, si los hombres... Es la mejor condición que tenéis: que no sabéis fingir.

FEDERICO

Y dale con querer pasarnos de listos. Si eres tú, sólo tú, la que en un momento me hace ver claramente la vaciedad de esa vida en que toma uno por afectos lo que es sólo costumbre de verse; pero llega un día como hoy en que me encuentro para ti tan desconocido como si no nos hubiéramos tratado nunca. Me crees capaz de engaños impropios de mi carácter, y tú debías saberlo.

LEONOR

Pero cualquiera diría que yo te acuso de algún crimen. Si nadie va a dejar de saludarte por eso.

FEDERICO

Ya lo sé; al contrario, pondrán más efusión en el saludo, una efusión admirativa, y a ti misma te halaga pensar que yo pueda ser un seductor. Pues nada de eso: soy un hombre insignificante, un hombre vulgar, aunque yo creo que es más vulgar lo otro, lo que tu piensas de mí, porque conoces a los hombres.

LEONOR

No; ya veo que no te conozco. Pero entonces haz el favor de explicarme con claridad el motivo de tu alejamiento. ¿Es que te has pasado las noches velando al niño?, ¿es que no has salido para nada de casa en estos días?

FEDERICO

Sí he salido, claro está; pero no estaba para ver a nadie: era una inquietud, una preocupación...; figúrate, si al niño le hubiera ocurrido algo...

LEONOR

Sí, sí,

FEDERICO

Tienes razón; no puedo explicártelo; es algo íntimo, muy íntimo. Yo sé que en estos días he pensado como no había pensado nunca. Es decir, sí, como había pensado muchas veces; pero sin pararme a pensarlo, con miedo de pensarlo. ¡Si yo te dijera que yo no me he casado por miedo!

LEONOR

¿Por miedo? Por egoísmo, como todos los hombres que no se casan.

FEDERICO

Sí, tal vez egoísmo; porque era miedo a querer demasiado a mi mujer, a mis hijos. Yo no hubiera vivido. Acaso hubiera sido un atormentador de los míos por exceso de cariño, por temor de todo lo que pudiera ser un mal para ellos; y un cariño así llega a ser como una rabia de querer que hasta puede parecer odio.

LEONOR

¡Y todo eso lo has pensado en dos días, porque te traen un chico a tu casa!

FEDERICO

Un niño, sí. ¡Qué importancia tiene un niño!,

¿verdad? Pero ¡qué gran maestro puede ser un niño para el que, como yo, ha tenido que educarse a sí mismo, porque me educaron muy mal, como a casi todos los hijos casi todos los padres.

LEONOR

¡Para lo que sirve la educación en la vida! ¡Lo que yo hubiera dado muchas veces por no tenerla! ¡Porque hay que ver lo que se calla una muchas veces por educación! Pero, vamos a ver, Federiquillo; franquéate, hombre, franquéate: ¿vas a decirme que en todo eso que te ha dado que pensar esa criatura no hay mucho más de lo que tú dices? ¿Por qué se ha separado ese matrimonio? ¿Por qué está aquí el niño?

FEDERICO

No, no pienses en eso. ¿Lo ves? No sabes de mí: nos hemos querido sin conocernos, me has querido sin estimarme. Cuando hablo con el corazón, como ahora, me oyes como a un extraño, buscas una explicación verosímil. *(Entra el Criado.)*

CRIADO

¿Da el señor su permiso?

FEDERICO

¿Qué ocurre?

CRIADO

La señorita Clara, que el niño se ha puesto malo.

FEDERICO

Esto nos faltaba. Que venga la señorita Clara. *(Sale el Criado. A Leonor.)* Perdona.

LEONOR

No; perdona tú, y te dejo. Estás deseando quedarte solo; no estás para nada. No te disculpes. Cuando tú quieras; supongo que buenos amigos siempre.

FEDERICO

Sí, sí, yo iré por tu casa.

LEONOR

Y si me necesitas a tu lado, yo soy de confianza, aunque tú no la tengas conmigo. ¡Qué Federico! *(Sale.)*

ESCENA IV

FEDERICO y CLARITA.

FEDERICO

¿Qué es? ¿Qué sucede? ¿Qué tiene el niño?

CLARITA

No sé; estaba jugando... De pronto empezó a

decir que le dolía la cabeza; está muy caidito; le he acostado; tiene algo de calentura.

FEDERICO

Que avisen al médico en seguida. ¿Usted cree?...

CLARITA

No creo que sea nada; en los niños cualquier cosa asusta.

FEDERICO

¡Esto nos faltaba! ¡Y esos padres tan tranquilos! Y esta noche yo agradeceré a usted que avise a su madre para que venga aquí y la acompañe a usted, porque yo no me fío de los criados, y yo solo, no sé, no me atrevo.

CLARITA

Mi madre está muy delicada; no podría pasar una mala noche; pero no se apure usted, no necesito a nadie; yo me quedaré sola.

FEDERICO

¡Gracias, muchas gracias! No sabe usted cuanto le agradezco esa confianza, esa seguridad.

CLARITA

¡Por Dios, don Federico! No valdría la pena de

haberle tratado a usted tanto tiempo si no la tuviera.

FEDERICO

Hay quien nos trata toda la vida y no nos conoce.

CLARITA

Y no debe importarnos. Si lo que no conocen es lo mejor que hay en nosotros, es porque no merecen conocerlo. Voy con el niño.

FEDERICO

Sí; vamos, vamos.

CLARITA

No será nada.

FEDERICO

¡Y esos padres!

CLARITA

Ya ve usted. El niño ni se acuerda de ellos. Los niños tienen un sentimiento muy claro de la justicia.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA I

FEDERICO y TITÍN jugando con una caja de construcciones.

FEDERICO

Ahora la torre, que no se caiga; mira que bien, ¡precioso!

TITÍN

¿Es una iglesia?

FEDERICO

Sí, o un palacio, o un casino. Ahora todo se parece.

TITÍN

Un palacio. Ahora otra casa.

FEDERICO

¿Otra casa? Una casita de campo, ¿quieres? Verás qué bonita. ¿A tí te gustaría vivir en el campo, con muchos borreguitos, y palomas, y perros?

TITÍN

Sí, sí; vamos a hacer una casa de campo.

FEDERICO

Sin torre; muy bajita, un piso nada más.

TITÍN

Así no se cae.

FEDERICO

Eso es, así no se cae. Mira, ya viene Clarita. ¿Quiéres tú mucho a Clarita?

TITÍN

Sí.

FEDERICO

Te ha cuidado mucho cuando has estado malo; tienes que quererla mucho.

TITÍN

Sí, sí.

ESCENA II

DICHOS y CLARITA.

CLARITA

Con permiso. Ya estoy aquí. ¿He tardado mucho?

FEDERICO

¿Y su madre de usted? ¿Está mejor?

CLARITA

Sí; no ha sido nada de cuidado. Hola, Titín, ¿has sido muy bueno?

FEDERICO

Sí; de veras, muy bueno. Hemos estado jugando.

CLARITA

Ya lo veo, a las construcciones.

FEDERICO

A edificar para destruir. Un juego de todas las edades y de todos los tiempos.

CLARITA

Vamos, Titín, ven ahora conmigo. Don Federico tiene ahora que hacer, y ya le has fastidiado bastante.

FEDERICO

No; si viera usted, me ha distraído, se me ha pasado la tarde sin sentir. No comprendo cómo hay gentes para quienes un niño es sólo algo así como un animalito, que divierte cuando está mono, o algo insignificante que no merece más atención que una caricia.

CLARITA

¿Verdad que los niños son grandes maestros para los que quieren aprender en ellos?

FEDERICO

Son todo el enigma de la vida, de nuestras almas. Por ellos se puede comprender lo que de verdad hay en nosotros y lo que luego los demás, la educación buena o mala, la vida, en fin, va poniendo hasta convertirnos en criaturas de artificio, aptas o incapaces para la vida, y yo, ante un niño, me pregunto siempre: ¿La Naturaleza humana es buena?, ¿es mala? Hay en los niños instintos que desconciertan: crueldades salvajes,

unas veces; otras, delicadezas a las que no llegaría el hombre más depurado en sus sentimientos, por una fe o una creencia sobrehumanas. Los niños nos dicen de la bestia y de Dios al mismo tiempo. ¡Pobre Titín! ¡No sabrá él nunca lo que me ha hecho pensar en estos días! ¿Será verdad, como ha dicho algún sabio, que el hombre es producto de una degeneración, casos de infantilismo en una raza animal, que a expensas de su vigor físico logró mayor inteligencia? Y, entonces, ¿será verdad lo que dijo un poeta — los poetas se anticipan siempre a los sabios — que el niño es el padre del hombre? ¡Me mira usted con asombro!

CLARITA

No; le oigo con interés.

FEDERICO

Si se tratara de otra mujer, le diría a usted: «Perdone, Clarita, el discursito»; a usted ya sé que todo le interesa, y todo lo comprende. También Titín me ha hecho conocer a usted mejor.

CLARITA

¿A mí? ¿Por qué?

FEDERICO

Siempre estimé a usted en mucho; pero de un

modo egoísta, soy a usted franco; por lo que a mí se refería, por su formalidad en el trabajo, por su discreción en todo. Yo he tenido desgracia siempre con mis dependientes. ¡He padecido una de botarates!... A pesar de ello, cuantas veces me habían recomendado alguna señorita me resistía a aceptar el ofrecimiento.

CLARITA

Me anticipo a sus razones; he conocido a muchas señoritas que justifican esa desconfianza.

FEDERICO

¿No es cierto? Por mucho que quiera, que crea ella misma prescindir de su feminidad, la mujer es siempre mujer.

CLARITA

Concédame usted también que en cualquier situación con respecto a ellas es difícil que el hombre no se acuerde siempre de que es hombre.

FEDERICO

Evidente; de ahí que al comunicarse, esta actitud sea siempre expectante, en guardia, como si dijéramos: diríase que los dos esperan, ellos mismos no sabrían decir el qué, pero algo de que

ellos están persuadidos como inevitable... Tarde o temprano, un día... En usted yo no he advertido nunca esa actitud.

CLARITA

Es que muchas veces, esa actitud expectante, defensiva, como usted dice, de la mujer, es efecto de la actitud impertinente, conquistadora del hombre, que cuando más indiferente quiere mostrarse, ya parece que dice: «¡Te perdono!» Y ¡válgame Dios!, que estoy muy bachillera. ¡Y pensar que de todo esto hemos hablado por Titín! ¡Pobre inocente!

FEDERICO

¡Si él supiera que ahora sentiré que vuelvan sus padres a llevárselo! Sin darme cuenta le he tomado cariño. Mire usted, parece que él lo sabe también. Sí, Titín, te quiero; dame un beso. ¿Me quieres tú a mí?

TITÍN

Sí.

FEDERICO

¿Sentirás irte de esta casa?

TITÍN

No quiero irme.

FEDERICO

¿Y si viene tu papá a buscarte?

TITÍN

Yo no quiero que venga mi papá.

CLARITA

No, eso no.

FEDERICO

El instinto certero de las criaturas. ¡Usted le educaría tan bien! En tan pocos días parece otro.

CLARITA

No crea usted que no tiene sus ratos malos. Usted no le ve siempre; pero no, no es malo. También yo le he tomado cariño. Y tú, ¿me quieres a mí?, ¿me quieres?

TITÍN

Si te quiero.

CLARITA

Dame un beso... y otro a... *(Le empuja hacia Federico, y después le retira avergonzada.)*

FEDERICO

Sí, otro a mí.

CLARITA

Vamos, Titín, vamos. *(A Federico.)* ¿Ha visto usted las cartas?

FEDERICO

¿Pero ha tenido usted tiempo de escribirlas?

CLARITA

Sí, vine esta mañana muy temprano. Aquí las tiene usted.

FEDERICO

Muchas gracias; voy a firmarlas.

CLARITA

Hasta ahora. Vamos, Titín; ven conmigo.

ESCENA III

FEDERICO se queda firmando las cartas, y vuelve a entrar CLARITA.

CLARITA

Usted perdone, don Federico; tengo que decirle algo que no hubiera querido decirle; pero lo ha de saber usted, y prefiero que sea por mí.

FEDERICO

¡Me asusta usted! ¿Qué es ello?

CLARITA

No, nada grave. Esta mañana, cuando le dije a usted que si me permitía ir a mi casa, porque había dejado a mi madre un poco enferma, no era verdad; era que a esa hora había quedado en ir a visitarme una persona, una persona que usted conoce, que antes me había escrito diciéndome que deseaba, que le era preciso hablar conmigo, que dónde podría verme. Y yo, no sé si hice mal en no decírselo a usted antes, pero prefería saber primero de lo que se trataba; no quería molestar a usted si era alguna insignificancia.

FEDERICO

¿Y era?

CLARITA

Esa persona usted ya supone quién puede ser.

FEDERICO

Supongo. Una mujer: Leonor.

CLARITA

La misma.

FEDERICO

¿Y para qué deseaba hablar con usted? No comprendo.

CLARITA

Curiosidad. Deseaba saber por qué estaba en su casa de usted el niño.

FEDERICO

¿Qué le parece a usted? Le habrá dicho a usted lo que ella cree, lo que ella piensa.

CLARITA

Sí.

FEDERICO

Bueno, y usted que sabe la verdad, porque supongo que usted cree que todo lo que ha visto usted, lo que usted sabe, es la verdad...

CLARITA

No lo he dudado nunca.

FEDERICO

Entonces se habrá usted reído.

CLARITA

La he tranquilizado.

FEDERICO

No era preciso. Por lo que a mí respecta, no tengo el menor interés en que se tranquilice.

CLARITA

Ella sí parecía tenerlo.

FEDERICO

No sé por qué. Cuando yo le explique a usted mi situación con esa señora...

CLARITA

¡Por Dios, don Federico!, no tiene usted que explicarme nada.

FEDERICO

¿Lo sabe usted todo?

CLARITA

Sé lo que he podido saber ahora.

FEDERICO

Es que yo no sé lo que ella habrá dejado entender a usted. Ante todo, ¿dónde está el niño? No me fío nada de los criados.

CLARITA

Está solito, jugando muy entretenido.

FEDERICO

Pues verá usted. Esa señora que ha cometido la inconveniencia de preguntar a usted, sí, inconveniencia, y espero que no haya cometido otras, ¿nada más le ha dicho a usted?, ¿nada más ha preguntado?

CLARITA

Don Federico, de otras cosas que esa señora supone, ni usted ni yo debemos darnos por enterados.

FEDERICO

Y ante esas suposiciones, le habrá usted contestado como se merecía.

CLARITA

No; todo me ha parecido muy natural en una mujer celosa.

FEDERICO

Pero si no hay tales celos, si no puede haberlos. No esté usted de pie, Clarita, hágame el favor. Voy a contárselo a usted todo. No es sólo por usted, es por mí; es que hay veces en que necesita uno contar a los demás lo que uno quizá no ha visto tan claro al saberlo para uno sólo. ¡Somos tan embusteros con nosotros mismos!

CLARITA

Cuente usted entonces. Conmigo no tiene usted por qué mentir.

FEDERICO

Ya lo sé, Clarita; ni por qué ser hipócrita. Esa señora es..., ¿qué le diría yo a usted?... Es más fácil decir lo que no es, que lo que es. Le diré a usted, entonces, que ni es soltera, ni casada, ni viuda. Que no puede decir que yo haya tenido amores con ella, ni que haya dejado de tenerlos; que nunca pensé, naturalmente, en que pudiera casarme con ella, y que tal vez no hubiera sido imposible que algún día me hubiera casado. Con esto le digo a usted que más que afecto, era una costumbre. Esas costumbres que llenan unas horas de nuestra vida un vacío del corazón. Yo, como usted, tuve que trabajar desde muy joven, tuve que atender a mi madre, a mis hermanas; yo no he tenido juventud, si juventud es despreocupación. Después, cuando murió mi madre, cuando mis hermanas se casaron, y ya, por fortuna, para nada necesitaban de mí, ya era yo un enamorado de mi trabajo, usted lo sabe. Ya no estaba en edad tampoco de enamorarme como se enamora uno de joven, por cualquier cosa. Tampoco sentía la necesidad de traer a mi casa

una mujer que pusiera orden en ella; yo he sido siempre muy ordenado, y mi casa, ya lo ve usted, no está peor arreglada que muchas casas matrimoniales.

CLARITA

No por cierto.

FEDERICO

Ni tengo yo una idea muy satisfactoria de las mujeres como arregladoras de casas. Un amigo mío, que pensaba lo mismo que yo, me decía siempre que nada había mejor ordenado ni más limpio que un cuartel, un barco de guerra y un convento de frailes, tres lugares en que las mujeres no entran para nada.

CLARITA

La apreciación no es muy galante; pero si viera usted que yo pienso lo mismo.

FEDERICO

Además, yo no comprendo que el matrimonio sea una comodidad. La mujer que cuida la casa, que nos soporta el mal humor; eso de que el hogar, como vemos todos los días, sea el respiradero de la mala crianza... Y los españoles, que somos tan ceremoniosos cuando estamos de cum-

plimiento: «A los pies de usted; beso a usted la mano; servidor de usted; a su disposición», ¡qué mal educados somos con las personas de nuestra intimidad! *(Titín ha salido momentos antes, y se ha pegado a las faldas de Clarita.)* ¡Ah, Titín, no le había visto!

CLARITA

Ha entrado muy callandito, y, ya lo ve usted, se ha pegado a mí como un gatito mimoso. Si es que me quiere, ¿verdad?, me quiere.

FEDERICO

¿Cómo no ha de quererla a usted?...

TITÍN

Ven conmigo.

CLARITA

Espera, ya vamos.

FEDERICO

Sí, sí, vaya usted. Ya sabe usted lo que me importaba que usted supiera; que nadie tiene derecho a pedir cuentas de mi conducta; que ha sido una impertinencia molestar a usted, y que esa señora, sólo con tener tan pobre concepto de mí, ha desmerecido tanto, tanto... Además, en estos

días he podido comprender qué fácil es desprenderse de una viciosa costumbre. Comprenda usted que, de un verdadero afecto, no se desprende uno tan fácilmente. Eso tengo que agradecerle a Titín. ¡Tengo que agradecerle tantas cosas!...

CARITA

Titín vino a trastornar un poco su vida de usted; usted lo decía: ¡Hay tantas cosas en nuestra vida que creemos fundamentales, y son nada más que eso, usted lo decía también: viciosas costumbres! Vivimos descuidados de nosotros mismos; creemos pensar en nosotros, y es en lo que menos pensamos... ¿Por miedo?, ¿por pereza? ¡Quién sabe! Lo cierto es que nos dejamos llevar por la vida, y llega un día en que la vida puede más que nosotros, y eso no debe ser.

FEDERICO

No debe ser.

CARITA

Por eso, aunque al pronto nos contrarie, debemos bendecir todo lo que en un momento de nuestra vida viene a detenernos, unas veces con una sencilla molestia, otras con una contrariedad, otras con un gran dolor. Todo ello sirve para recogernos en nosotros mismos, para pen-

sar más despacio, más atentos. *(A Titín.)* Sí, ya vamos, ya vamos.

FEDERICO

Sí, vaya usted con él. ¡Qué felicidad para esta criatura si nunca se separara de usted! ¡Qué madre!..., ¡qué educadora mejor!..., mientras que con sus padres... ¡Triste suerte la suya!

CLARITA

Son jóvenes; ya pensarán de otro modo. Ya les educará la vida.

FEDERICO

¿Cuánto daría yo ahora, no lo sabe usted...?

CLARITA

¿Por qué, don Federico?

FEDERICO

Porque esa suposición de las gentes fuera cierta; que Titín fuera hijo mío.

CLARITA

¿Tanto cariño le ha tomado usted?

FEDERICO

Sí, mucho cariño. *(Se oye dentro la voz de Eugenio.)*

EUGENIO

No me anuncie usted.

FEDERICO

¡Eugenio!

CLARITA

¡El padre! ¡Ya ve usted!

ESCENA IV

DICHOS y EUGENIO.

FEDERICO

¡Eugenio!

EUGENIO

¡Federico! ¡Ya estoy aquí! Ya no me esperarías, ¿verdad? ¿Y Titín, dónde está? ¿No me conoces ya? ¿No me quieres? ¿Se asusta de mí?

CLARITA

No; mira, es tu papá, tú papá.

EUGENIO

Estará hecho un salvaje. ¡Les habrá dado a ustedes una guerra! Está muy mal educado. Perdo-

na, chico, perdona, y usted también, Clarita; usted tendrá también mucho que perdonar. Pues voy a contarte. Ya te escribí lo ocurrido. ¡Qué días, qué disgustos! Mi mujer está loca. Sí, sí, loca. Como que me han aconsejado que la lleve por una temporada a un sanatorio.

FEDERICO

¡No me cuentes nada delante de tu hijo! ¡Creéis que los niños no se enteran de nada!

EUGENIO

Sí; tienes razón. Como en casa todo lo discutíamos delante de él...

FEDERICO

Y delante de los criados: conozco el sistema. Y tu mujer, ¿está mejor? Ha venido contigo, por supuesto.

EUGENIO

Sí, por desgracia; en casa está otra vez. No ha querido venir aquí. Chico, siento decírtelo: al principio, contra lo que yo creía, encontró muy bien que el niño estuviera aquí en tu casa; pero ahora ha cambiado de pronto, y ya le parece muy mal, y está furiosa contigo.

FEDERICO

Ya lo suponía yo. No me faltaba otra cosa...

EUGENIO

No hagas caso; está loca. Así es que he venido yo solo por el chico. Vamos, Titín, vamos a casa con mamá

TITÍN

Yo no quiero ir a casa.

EUGENIO

Tampoco yo iría; pero no hay más remedio.

FEDERICO

¿No te avergüenzas, Eugenio? Por esta criatura, educa a tu mujer, edúcate, ¡educaos!

EUGENIO

Sí; todo el mundo arregla muy a su gusto las cosas ajenas. Con mi mujer te quisiera yo ver. Vamos, Titín, no seas pesado; ya has dado aquí bastante guerra.

FEDERICO

Te aseguro que no. Ha sido un encanto.

EUGENIO

¿Es posible? Lo que yo digo: si todos debíamos cambiar de casa para sentirnos otros.

CLARITA

Vamos, Titín. Tienes que ir con tu mamá. Vamos a ponerte el abrigo y la gorrita, y volverás aquí en seguida, muchas veces, todos los días.

EUGENIO

¿Pero de veras no están ustedes hartos?

CLARITA

De ningún modo. Le aseguro a usted que para don Federico será una tristeza separarse del niño. Y yo también lo echaré de menos.

FEDERICO

No quiero decirte lo que Clarita ha sido para él. Gracias a ella, porque yo, con la mejor voluntad...

EUGENIO

Y tus ocupaciones...

CLARITA

Si usted supiera que en estos días don Federico ha desatendido todas sus ocupaciones...

EUGENIO

¡Hasta eso!; no sé cómo agradecerte, chico.

FEDERICO

A mí, nada; a Clarita, sí. Clarita ha sido quien... *(Clarita ha salido con el niño.)* ¡Qué admirable criatura! Créeme, Eugenio, soy yo quien tiene mucho que agradecerte. Entre un hombre y una mujer, unas veces por respetos sociales; otras, por indiferencia; otras, por el amor; la pasión ciega algunas veces, siempre nos desconocemos, siempre es la mentira. ¡Por eso hay tantas uniones desgraciadas! No es por lo que se relaciona con nosotros mismos; es por lo que se relaciona con los demás por lo que podemos conocer a las personas; pero ¡nos suele importar tan poco de los demás! Por eso sólo juzgamos por lo que nos interesa a nosotros, y así nos equivocamos tanto. Si tú, más que a tu mujer como novia, como enamorada tuya, hubieras atendido a lo que era como hija, como hermana, hasta con los criados de su casa, tal vez no te hubieras equivocado. Hoy ves con espanto que ni sabe ser esposa ni sabe ser madre: no sabía ser más que novia. Por supuesto, que a ti te sucedía lo mismo.

EUGENIO

Es verdad, es verdad.

FEDERICO

Como tantos otros, habéis jugado a los noviazgos, para jugar después al matrimonio, y como ese matrimonio es ya toda vuestra vida y la de vuestro hijo, y la vida y los hijos no son cosas de juego, ya ves a tu hijo cómo te dice: «Yo no quiero ir a casa.» ¿Quieres más provechosa, más seria lección para tu vida?

EUGENIO

¡Lástima que te oiga yo solo!, aunque mi mujer no te oiría ni te hubiera dejado hablar.

ESCENA V

DICHOS, CLARITA y TITÍN.

CLARITA

Aquí tiene usted a Titín muy contento porque va a ver a su mamá.

TITÍN

No quiero irme.

CLARITA

Sí; ¿cómo no vas a ir con tu mamá?

TITÍN

Ven tú conmigo.

CLARITA

Ahora no puede ser; pero yo iré a verte, y tú vendrás aquí muchas veces, y volveremos a jugar.

EUGENIO

¿Pero qué llevas ahí, Titín?, ¿juguetes?

TITÍN

Son míos.

EUGENIO

¿También le has comprado juguetes? ¡Pero hombre!

FEDERICO

No creas, que a todos nos han divertido. ¡Qué hermoso sentirse niño de vez en cuando!, salir de uno mismo, sentirse vivir en los otros, y ¿en quién mejor que en un niño? Adiós, Titín; un beso, y muchos a tu amiguita.

CLARITA

Sí; adiós, Titín.

EUGENIO

Gracias, muchas gracias a los dos, y mil perdones, y agradecido siempre.

CLARITA

Ahora, desde el balcón, te diré adiós. Hasta muy pronto. *(Salen Eugenio y Titín.)*

ESCENA VI

FEDERICO y CLARITA.

FEDERICO

¡Pobre Titín!... Vuelve con sus padres, vuelve a la vida... ¡Pobre criatura!... ¿Va usted a trabajar?...

CLARITA

Sí; hay mucho trabajo atrasado; vea usted.

FEDERICO

Sí; no me diga usted nada; yo también tengo que trabajar mucho. En estos días puede decirse que no he hecho nada. No estaba para pensar en nada. ¡Ni en orden he puesto los papeles!... No estoy para nada...

CLARITA

¿Decía usted?...

FEDERICO

Sí; si yo le dijera a usted, así, de pronto: Clarita, ¿quiere usted ser mi mujer?

CLARITA

¡Don Federico!...

FEDERICO

¿Qué contestaría usted?

CLARITA

Así, ¿de pronto?...

FEDERICO

O cuando lo pensara usted.

CLARITA

Pensarlo, no, ¿qué puedo yo pensar? Así, de pronto, contesto: Sí; con toda mi alma, ¡ya ve usted!, sin fingimientos, con toda mi alma, porque estoy tan segura de usted y estoy tan segura de mí misma, y tan segura de que podré hacerle a usted dichoso, y eso bastará para que yo lo sea, que ya lo ve usted... ¿Qué voy a decirle? ¿Lo pensaré? Piénselo usted: su posición, la mía, qué

dirán, qué sucederá. Nada, nada; no pienso en nada, y sin modestia y sin orgullo lo digo: si es la felicidad, creo merecerla, y la acepto con toda mi alma.

FEDERICO

Sí; así quería yo oír a usted; todo es digno de usted, Clarita. ¡Cuántas cosas quisiera decirla!...

CLARITA

Nada, nada. ¿Para qué más palabras? La mano, así, firme y leal. Ahora, a trabajar, como siempre, y así siempre, a trabajar juntos, usted allí, yo aquí, como siempre; pero ahora, el teclear de la máquina, será como una música de encanto, y los escritos prosaicos, como poemas maravillosos.

FEDERICO

No; hoy no puedo trabajar.

CLARITA

¿Por qué no? Siempre hemos trabajado seriamente; hoy trabajaremos alegremente, y trabajar así no es trabajo...

FIN DE LA COMEDIA

UN PAR DE BOTAS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro de la Princesa, de Madrid, en la noche del 25 de mayo de 1924.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL CABEZA DE FAMILIA..	SR. THUILLER.
SU MUJER	SRA. GUARDIOLA.
UNA CRIADA.....	SRTA. GUERRERO.
UNA MUJER.....	— HERMOSA.
UNA NIÑA.....	N. N.
UN LIBRERO.....	SR. CAPILLA.
UN ZAPATERO.....	— VÁZQUEZ.
UN AMIGO.....	— JUSTE.
EL LECTOR..	— PERONICOT.

UN PAR DE BOTAS

ACTO ÚNICO

ESCENA I

El Lector lee: Habitación modesta. Entra el CABEZA DE FAMILIA con un paquete de libros; se sienta; desata el paquete, hojea los libros. Entra su mujer. El Cabeza de Familia intenta esconder los libros, muy avergonzado.

MUJER

¿Qué has traído ahí? ¿Más libros? ¡Válgame Dios! ¡Es lo que nos hace falta!

CABEZA DE FAMILIA

No empieces, mujer.

MUJER

Que no empiece. Acabar; eso es lo que yo quisiera, acabar de una vez. ¡Libros es lo que necesitamos! Mira cómo ando, con las botas rotas, que da vergüenza.

CABEZA DE FAMILIA

¿No tienes más botas que ésas?

MUJER

Tú verás: otras peores que éstas.

CABEZA DE FAMILIA

¿No me pediste para botas el otro día?

MUJER

¡Claro, para la niña, que andaba descalza!

CABEZA DE FAMILIA

¿Y el mes pasado?

MUJER

Para tu hijo, que no podía ir al colegio con las botas rotas. También están buenas las tuyas.

CABEZA DE FAMILIA

¡Qué más da!

MUJER

A ti todo te da lo mismo. Para mí son los quebraderos de cabeza: quita de aquí, quita de allá... Ya no sé qué hacer; es para volverse una loca. ¡Y el señor, con sus libros!

CABEZA DE FAMILIA

¡Un par de botas!

MUJER

¿Qué gruñes?

CABEZA DE FAMILIA

¡Siempre es un par de botas!

MUJER

¿Pero qué hablas tú solo?

CABEZA DE FAMILIA

Nada. ¡Un par de botas!

MUJER

¡Si nos vamos a volver todos locos! ¡No digas nada! ¡Así se arregla todo!

CABEZA DE FAMILIA

Se arregla todo, menos las botas. Ésas no tienen arreglo. Siempre falta un par de botas. Llega el 15 de cada mes; cree uno que ya está todo pagado: la casa, el tendero, la luz, la criada; pues no; siempre falta un par de botas: el chico, la chica, la mujer, uno... ¡Las botas que rompemos!

Andar, andar... ¡Es claro: son tantos días, tantas horas de vida, se rompe el calzado!

MUJER

Sí que tienes discurso. Me voy por no oírte.

CABEZA DE FAMILIA

No me oigas, no. Me oigo yo solo. ¡Un par de botas! Yo lo arreglaré todo; todo se arregla. *(Sale.)*

ESCENA II

El Lector lee: Mutación. El CABEZA DE FAMILIA va por las calles hablando solo.

CABEZA DE FAMILIA

Sí, están mal las botas; se ríen, como suele decirse. ¿Se ríen de qué? ¿De mí?, ¿del mundo? Pasaré a la acera de la sombra. Nunca había reparado: hoy me parece que todos me miran a los pies y que todos se ríen como las botas. No es cosa de risa; pero cuando se viste de señor, ¡de señor!, ¿señor de qué?, de señor..., se debe llevar buena ropa y buen calzado. Sí miran, sí. ¿Por qué? Si llevara unas botas nuevas, flamantes, de seguro no me miraría nadie, nadie iría a su casa diciendo: «Hoy he visto a un señor con unas botas nue-

vas elegantísimas»; y así, puede que se acuerden y lo digan: «Hoy he visto a un señor con las botas rotas.» ¡Condición humana! Nos hacemos los desentendidos para lo bueno, y nuestros ojos y nuestra atención se ensañan con lo malo, con lo feo. Si llevara una sortija con un gran brillante, nadie se fijaría, y en las botas todos reparan. Aquellas muchachillas se van riendo: me han mirado a las botas, vuelven la cabeza y miran hasta los tacones, distraídos, como ellas dirán. Un señor con los tacones distraídos. ¡Qué risa! ¿Se reirían lo mismo si yo les contara toda mi vida? ¿Pero es que todos los que se ríen no han vivido? No es gente con apariencias de holgura la que pasa: cualquiera de ellos sabrá lo que significan unas botas rotas. ¿Por qué se ríen entonces? ¡Idiotez humana! Es que todos van bien calzados, los artesanos mejor que nadie. A ver éste que trae unos libros también debajo del brazo; éste, sí; éste también lleva las botas deslucidas, y éste no me ha mirado, éste que no se hubiera reído... Yo le saludaría, le preguntaría qué vida era la suya: tal vez será semejante a la mía, o muy distinta; hay tantas vidas como personas, y nadie comprende por eso. Hay quien no sabe de su misma vida: vive de un modo y cree que vive de otro. Algunos, dignos de compasión, puede que se indignaran si les compa-

deciesen; otros serán felices y se creerán dignos de compasión. A mí me creen dichoso los compañeros de oficina, y mi mujer también cree que soy muy dichoso porque ella cree que no me importa nada de nada, de nada... ¡Un almacén de calzado!... ¡Ser dueño de un almacén de calzado!... ¡Y qué vergüenza entrar a comprarse un par de botas nuevas con unas botas viejas pues tas! El zapatero le mira a uno con desprecio, con desconfianza; no le evita a uno la menor humillación; uno pretende descalzarse pudoroso, esconder las botas debajo de la banqueta, y él no lo permite, tira con violencia de las botas, las mira y remira en todos sentidos, las presenta con ostentación en lugar visible... Comprendo la protesta de San Pedro: «¡Señor, Tú lavarme a mí los pies!» Los pies son más vergonzosos que el resto del cuerpo. Sólo en las estatuas y en los cuadros se ven pies hermosos, pies que no han pisado nunca calles ni caminos, que no han llevado nunca botas, estas botas horribles. ¡Una librería!... No quiero mirar; no podría resistir a la tentación de comprar algún libro. ¿Qué hubiera sido de mí sin los libros? Sólo ellos me han hablado de mí; sólo con ellos he podido tratar de tantas cosas de que nadie habla, que nadie entiende... Es una librería de lance... «Se compran bibliotecas y libros. Se pagan a buenos pre-

cios.» ¡Qué idea!... ¡Quiero castigarme!... ¿Cuánto me darán por todos mis libros? ¿Cuántos pares de botas podría comprar con lo que me dieran por mis libros? ¡Voy a tratar con el librero! *(Entra en la librería.)*

ESCENA III

El Lector lee: Mutación. La misma habitación de la escena I. El CABEZA DE FAMILIA y la CRIADA.

CABEZA DE FAMILIA

Luego vendrá un hombre que preguntará por mí. Le pasas al cuarto de los libros y me avisas... Es decir, no me avises; que vea los libros, y luego le pasas adonde yo esté. Y no digas nada a la señora. ¿Ha salido la señora?

CRIADA

Sí, señor; ha salido a comprar para la cena. Yo no podía ir, porque, como ya le dije a la señora, tengo que comprarme unas botas; con éstas no puedo salir a la calle.

CABEZA DE FAMILIA

¿También tú?

CRIADA

Y este mes no tengo dinero. Me escribieron mis padres...; lo mandó todo a mi casa... Si el señor me hiciera el favor de adelantarme cinco duros...

CABEZA DE FAMILIA

Sí, mujer; luego te los daré. ¿A ti no te cuestan las botas más que cinco duros?

CRIADA

Compro zapatos, señor.

CABEZA DE FAMILIA

¿Los zapatos cuestan menos?

CRIADA

Sí, señor.

CABEZA DE FAMILIA

Pues tendrás zapatos. ¿Cómo los quieres? ¿De qué te ríes?

CRIADA

De que el señor me pregunte cómo quiero los zapatos. Yo no quiero que me los regale el señor; no se figure el señor que por unos zapatos...

CABEZA DE FAMILIA

¿Qué dices? ¡Vamos! ¡Emplear yo unos zapatos como prenda de seducción! ¡Humorismo sería! Han llamado; será ese hombre. Ya te dije; que vea los libros. *(Sale la Criada.)* ¡Mis pobres libros! Ni la «Vechia zimarra», en *Bohemia;* ni el «Adiós a la vida», en *Tosca*, ni el «Addio sante memorie», en *Otelo*, pueden compararse a esta dolorosa despedida. ¡Eran lo mejor de mi vida! Ahora será la vida a secas, la vida que no es de uno. ¡Papel de comparsa, con responsabilidad de protagonista! *(Entra el Librero.)* ¿Ha visto usted los libros?

LIBRERO

Sí, señor. ¡No hay nada que valga!

CABEZA DE FAMILIA

Pues han costado mucho.

LIBRERO

Comprados, no digo; pero al venderlos...

CABEZA DE FAMILIA

Ya me hago cargo. No es lo mismo comprar que vender; ese es el comercio; esa es la vida; la vida, que sólo es ganga para una pequeña parte de la Humanidad.

LIBRERO

No crea usted que hay gangas para nadie. ¿Le conviene a usted cuarenta duros de todo?

CABEZA DE FAMILIA

¿Nada más que cuarenta duros?

LIBRERO

Comprenda usted que hay poco aprovechable. Lo demás todo es de baratillo, del montón.

CABEZA DE FAMILIA

Todo es de autores célebres.

LIBRERO

Sí, pero ediciones corrientes, sin valor.

CABEZA DE FAMILIA

Sí, el papel vale más; es decir, el papel es lo que se paga. Está bien; yo no sé regatear; déme usted sesenta duros siquiera.

LIBRERO

Sesenta duros, por que no diga usted. ¿Cuándo puedo enviar por ellos?

CABEZA DE FAMILIA

Cuando usted quiera; cuanto antes mejor.

LIBRERO

Ahí tiene usted: trescientas pesetas.

CABEZA DE FAMILIA

Los dineros de Judas. No, no lo digo por usted, que compra; lo digo por mí, que vendo. El que vendió fué Judas. Buenas tardes.

LIBRERO

Servidor de usted. *(Sale.)*

ESCENA IV

El Lector lee: Mutación. Por las calles, el CABEZA DE FAMILIA llega junto a una zapatería y entra.

ZAPATERO

¿Qué deseaba usted?

CABEZA DE FAMILIA

Botas, zapatos.

ZAPATERO

¿Para usted?

CABEZA DE FAMILIA

No; trescientas pesetas de calzado.

ZAPATERO

¿Qué clase y qué medida?

CABEZA DE FAMILIA

¡Ah! Quiero botas, zapatos. Éstas de campo; estos zapatitos de raso con estos adornos, son muy bonitos; estos otros tan relucientes... Usted dirá hasta dónde llegan las trescientas pesetas.

ZAPATERO

Aún puede usted llevar algún otro par.

CABEZA DE FAMILIA

Éstos... y éstos... ¿Cuánto es todo?

ZAPATERO

Ésos son caros; casi está completa la cifra... Sí, doscientas noventa; faltan diez pesetas.

CABEZA DE FAMILIA

¿Diez pesetas?... Estos zapatitos de niña... ¿Está justo?

ZAPATERO

Poco más, pero es lo mismo. ¿Dónde hay que enviarlos?

CABEZA DE FAMILIA

A estas señas, menos los zapatitos, que los llevaré yo ahora.

ZAPATERO

Permítame que se los envuelva.

CABEZA DE FAMILIA

No, deje usted, en el bolsillo no abultan nada. Muy buenas tardes.

ZAPATERO

Servidor de usted. *(Sale el Cabeza de Familia.)*

ESCENA V

El Lector lee: Mutación. El CABEZA DE FAMILIA, andando, llega a un paseo público y se sienta en un banco, al lado de una mujer de humilde aspecto. Delante del banco juega una niña pequeña.

MUJER

¿No tiene usted ahí demasiado sol?

CABEZA DE FAMILIA

No, señora; es bueno tomar el sol.

MUJER

Qué días tan buenos *están* haciendo. Aquí se está que da gusto. Para mí es la vida. Donde usted me ve, he estado a la muerte.

CABEZA DE FAMILIA

¿Sí?

MUJER

Sí, señor. Aún no estoy muy buena; pero ya es otra cosa. No daban dos cuartos por mí. Crea usted que no lo sentía por mí; pero dejaba cinco criaturas; ésta es la mayor.

CABEZA DE FAMILIA

¿Cinco tiene usted?

MUJER

Sí, señor, con mil fatigas... ¡Ya ve usted, para los pobres! *(A la Niña.)* No enredes con la arena. También a ésta la he tenido a la muerte; así es que no quiera usted saber... Con el triste jornal de mi marido, y yo, sin poder hacer nada... ¡Una perdición!

CABEZA DE FAMILIA

(Sacando los zapatitos.) ¿Le estarán bien estos zapatitos a la niña?

MUJER

¡Señor!

CABEZA DE FAMILIA

Pruébeselos usted.

MUJER

Pero... ¡Por Dios!... Ven aquí... Pues sí, como si se los hubieran hecho para ella.

CABEZA DE FAMILIA

Pues déjeselos puestos.

MUJER

Buena falta le hacían, que ya ve usted cómo va. No hay forma; para zapatos no se gana; es un romper... Cómo se mira ella. ¿Zapatos nuevos? ¿Te gustan?

NIÑA

Sí.

MUJER

Es un regalo de este caballero. ¿Cómo se dice?... ¿Te has quedado muda?... Pues bien charla. ¡Demasiado, que no se puede hablar nada delante de ella! ¿Ya se va usted, señor?...

CABEZA DE FAMILIA

Sí, buenas tardes. Adiós, nena.

MUJER

Vaya usted con Dios, y muchísimas gracias.

CABEZA DE FAMILIA

De nada, es un recuerdo. ¡Adiós! *(Se va lentamente.)*

MUJER

¿Has visto qué señor? No debe estar bien de la cabeza... Y son buenos zapatos... Trae te los quito, que éstos no son para todos los días. ¿Quién será este señor? Cuando se lo cuente a tu padre...

ESCENA VI

El Lector lee: Mutación. La misma habitación de la escena I. La MUJER del Cabeza de Familia y la CRIADA.

CRIADA

Señora, aquí traen este encargo.

MUJER

¿Un encargo? ¡Jesús, María y José! ¡Cuántas

botas y zapatos! ¿Estás segura de que es para aquí?

CRIADA

Sí, señora, ya preguntó. Por las señas, lo ha comprado todo el señor.

MUJER

¡El señor está loco! ¡Qué disparate!

CRIADA

¡Y qué preciosos son éstos!

MUJER

¡Pero qué disparate!... ¿Llaman?

CRIADA

Sí, señora, voy a abrir.

AMIGO

(Entrando.) ¿Cómo está usted?

MUJER

¡Ah! Muy buenas. Tanto gusto. Mi marido no está en casa; pero no tardará en volver.

AMIGO

No, no, señora. Ya sabía que no estaba en casa;

a eso vengo, a decir a usted una mala noticia; pero tiene usted que saberlo.

MUJER

¿Qué dice usted? ¿Una mala noticia? ¿Mi marido...?

AMIGO

Sí, señora; una desgracia. Me avisaron porque llevaba una tarjeta mía.

MUJER

Pero... ¿Qué ha sucedido? ¡Dígame usted! ¡Por la Virgen Santa!... ¿Una desgracia?... ¿Un atropello?...

AMIGO

No, señora; una locura. Su marido de usted...

MUJER

¿Qué?...

AMIGO

Se ha matado...

MUJER

¡No!... ¡Se ha matado!... ¡Dios mío!... ¿Mi marido?... Pero ¿dónde?, ¿cuándo?...

AMIGO

Hace poco, en la Moncloa; se ha pegado un tiro.

MUJER

¡Un tiro!... ¡Ay, Virgen Santísima!... Pero ¿por qué, señor, por qué? ¿Cómo ha podido hacer eso? ¡Se ha vuelto loco! Ya lo decía yo que no estaba bueno. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y ha dejado algún papel, algo? ¿Qué dice?

AMIGO

Sí, señora; le han encontrado un papel; pero no dice nada de particular: que no se culpe a nadie de su muerte, y que le entierren descalzo.

MUJER

¡Que le entierren descalzo!... ¿Lo ve usted? ¡Es que se ha vuelto loco!... ¡Virgen Santísima!... ¿Qué va a ser de mí?, ¿qué va a ser de mis hijos!

TELON

LA OTRA HONRA

LA OTRA HONRA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,
el día 19 de septiembre de 1924.

A Lola Membrives,

con la admiración y el cariño de

Jacinto Benavente.

Conste mi gratitud a todos los actores que han estrenado esta comedia, avalorada por su excelente interpretación.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA.....	LOLA MEMBRIVES.
CARMEN.....	CARMEN BLÁZQUEZ.
D.ª VICENTA.....	AMPARO ASTORT.
VÍCTOR.....	MANUEL SOTO.
MANUEL.....	FERNANDO MONTENEGRO.
CARLOS.....	FRANCISCO G. PEREDA.
CRIADO 1.º.....	ENRIQUE SUÁREZ.
CRIADO 2.º.....	LUIS SOLANO.

LA OTRA HONRA

ACTO PRIMERO

Salita en casa de Manuel.

ESCENA I

CARMEN y D.ª VICENTA

DOÑA VICENTA

Yo siento tener que hablarte así de tu hermana, pero las cosas han llegado a un extremo...

CARMEN

Yo creí que usted aún no sabía, aún no había visto lo que por desgracia... vemos todos... Esa hermana mía...

DOÑA VICENTA

¿Quién podía creerlo? En una familia como la vuostra. ¡Si tu pobre madre levantara la cabeza!

CARMEN

No, mi pobre madre nos conocía bien a sus hijos. De Julia siempre lo temió todo. Ha sido siempre de un carácter tan apasionado, tan suyo... De esas personas que creen que no tienen voluntad si no están siempre en contra de todo el mundo. Se casó bien a disgusto de mis padres, que no veían en Víctor el marido más a propósito para ella; pero ella no atendió consejos ni reflexiones; se casó..., y, por suerte, nuestra pobre madre sólo vivió mientras mi hermana aún parecía dichosa. ¡Si hubiera vivido, para ver a lo que ha llegado!... Yo, crea usted, que sólo voy por su casa lo preciso para cubrir las apariencias, para defenderla un poco, si aún es posible, de lo que todo el mundo ve y comenta; y por su marido también, a quien yo no sé cómo juzgar; pero aun así, el día que él sospechara, que supiera...

DOÑA VICENTA

¿Tú crees que él no puede haber visto nada? Pues, hija, hay quien no le cree tan ciego...

CARMEN

No, no; de eso estoy segura. Es que Víctor no se preocupa para nada de su mujer... Con sus negocios, con sus empresas..., en las que siempre

ha sido poco afortunado, que acabarán por arruinarle y arruinar a mi hermana.

DOÑA VICENTA

Y a todo el que se relacione con ellos..., como mi hijo... Ya ves si debo procurar evitarlo...

CARMEN

¿Que Carlos se arruinará, dice usted? Pero ¿es que mi hermana?... No, eso no; que haya podido faltar a sus deberes, que usted tema por su hijo, por lo que esas relaciones puedan significar en su vida, para su porvenir... Todo eso, sí; pero suponer que Julia pueda aceptar nada de Carlos, exigir menos... Y nadie, estoy segura, podrá ser más severo que yo al juzgarla... Por tristes que hayan sido sus desilusiones matrimoniales, por mucha culpa que pueda tener su marido, aún no es disculpa para ella, como para ninguna mujer en su caso... Pero suponer que Julia pueda ocasionar la ruina de Carlos...

DOÑA VICENTA

Se trata de tu hermana, y es natural que aun al culparla quieras hallarle alguna disculpa. Lo mismo me sucede a mí con mi hijo; también quisiera disculparle... Un hombre joven, soltero,

sin obligaciones, podrá hacer mal en pretender a una mujer casada, pero ¿qué debemos pensar de ella, si en vez de hacerle comprender desde el primer momento que se ha equivocado, le permite esperar, que es animarle a insistir?...

CARMEN

Sí; si eso mismo es lo que yo pienso de mi hermana; no crea usted que la disculpo de ninguna manera. Sólo me resisto a creer lo que usted dice, que esas relaciones puedan arruinar a su hijo de usted.

DOÑA VICENTA

Tengo razones para creerlo, para decirlo.

CARMEN

¡Dios mío, Dios mío!

DOÑA VICENTA

¿Es que no te ha dicho nada tu marido?... Pues él lo sabe...

CARMEN

Manuel y yo no hablamos..., procuramos no hablar nunca de mi hermana... Pero dice usted que Manuel sabe..., ¿qué?

DOÑA VICENTA

Lo mismo que yo... Lo que nos ha dicho Guzmán, el socio de mi hijo, a quien éste le ha pedido dinero, y ese dinero es para el marido de tu hermana Julia, para un nuevo negocio, un nuevo disparate en que anda metido... Para el cual pretendía que tu hermana hipotecara una de sus fincas, y tu hermana se negó a ello, y parece que tuvieron un disgusto, y hasta llegó él a insinuar que estaba enterado de todo... Julia se lo comunicó así a mi hijo... Y a los pocos días se le presentó Víctor a pedirle ese dinero... Y como Carlos no puede disponer de nada sin contar con su socio, tuvo que enterarlo de todo, y Guzmán fué el que vino a hablar conmigo, muy alarmado, con razón, porque supone que ya en ese camino, a esa petición seguirán otras... Y voy a hablarte con franqueza: yo creo que a todos nos importa resolver una situación desagradable y peligrosa para todos... Guzmán me manifestó que Carlos sólo deseaba dar por terminadas sus relaciones con Julia, que estaba avergonzado de ellas, por mí, por vosotros... Además, esa petición de Víctor, preparada por su mujer entre temores y amenazas...

CARMEN

Pero ¿es posible?

DOÑA VICENTA

Comprende, hija mía, que todo lo que te estoy diciendo ha sido así, como lo oyes...; lo sabe Guzmán, lo sabe tu marido, que piensan... lo que debemos pensar todos, que Víctor, contra lo que tú crees, favoreciéndole, está enterado y muy enterado, sólo que, muy práctico y muy a la moderna, procura indemnizarse del mejor modo posible.

CARMEN

Me resisto a creerlo... Y si Víctor, contra lo que ustedes creen, nada supiera..., si sólo por una ocurrencia fatal hubiera pedido ese dinero a Carlos... Son antiguos amigos; esa amistad, por desgracia, ha facilitado intimidades, entrevistas entre Julia y Carlos, que yo veía siempre con disgusto. Pero yo no puedo creer que mi hermana ni Víctor sean capaces de lo que ustedes suponen...

DOÑA VICENTA

Los malos caminos se andan muy de prisa. Y yo no he creído nunca a Víctor de una moralidad muy escrupulosa. Se casó con tu hermana por su dinero; él no era nada; su familia, modestísima; todos sabemos lo que él aportó al matrimonio y el paso que ha llevado con sus grandes

negocios. Es así, con muchos humos en la cabeza, hablando siempre de grandes empresas a la americana..., con ideas muy atrevidas...

CARMEN

Sí, todo eso fué lo que deslumbró a mi hermana. Creyó en él como en un héroe a la moderna, capaz de mover millones a su voluntad. Y todas sus empresas han sido otros tantos fracasos. Mi hermana, desilusionada del héroe, perdió también la estimación al marido, que él tampoco hizo mucho por merecer. Se ausentaba de Madrid largas temporadas, desentendido de su mujer, de su casa... Julia no ha sabido resignarse... Mi hermana, parece mentira que seamos hermanas, lo contrario que yo. Yo lo sacrificaría todo por la tranquilidad; ella se consideraría desgraciada si no viviese en constante inquietud. Toda mi aspiración en mi vida, para los míos, se contenta con pedir a Dios todos los días: ¡Dios mío, que no suceda nada! Mi hermana no podría vivir si no sucediera algo todos los días o no esperase por lo menos que sucediera.

DOÑA VICENTA

No es sólo tu hermana. En estos tiempos hay mucha gente así. Como si la vida no fuera bastante, hay quien necesita añadirle un drama, una

novela o una película. Esto sobre todo. Yo creo que esos esperpentos que ven en las películas soliviantan a mucha gente... Todos quieren correr aventuras, hacer cosas extraordinarias.... que pasen cosas..., como dicen. Hasta los niños, señor; hay que oírles a estos chicos de ahora, asusta... Un señor, amigo de casa, dice, con muy buen sentido, que las películas son más perjudiciales que lo fueron los libros de caballerías en su tiempo, que al fin no se sabe que trastornaran más cabeza que la de Don Quijote; pero esas aventuras, esos viajes, esos crímenes de las películas traen loco a medio mundo. ¡Ah, Manuel!...

ESCENA II

DICHOS y MANUEL.

MANUEL

Señora...

DOÑA VICENTA

Cuánto me alegro de que haya usted llegado. Hablaba a Carmen de algo que a todos nos interesa, aunque a todos también nos disguste.

MANUEL

Ya me figuro. Pero debo advertir a usted que está aquí Víctor.

CARMEN

¿Víctor?

MANUEL

Sí, ha venido conmigo. Quería hablarme de un asunto. Me preguntó si estaba en casa, si podía saludarte. Por eso he entrado. Te advierto que por una torpeza del criado sabe que estás en casa, pero con visita... ¿No te disgusta verle?..

CARMEN

No; por mí...

DOÑA VICENTA

Por mí tampoco. Ya te dejo... Y perdona que mi visita no haya sido muy agradable. Y aún no me he atrevido a decirte lo que yo desearía en bien de todos.

CARMEN

Diga usted...

DOÑA VICENTA

Eres mayor que Julia, debes tener autoridad sobre ella.

CARMEN

¡Pobre de mí! Nunca ha hecho el menor caso de mis advertencias ni de mis consejos.

DOÑA VICENTA

Tu marido es hoy por hoy el verdadero jefe de vuestra familia... Los dos tenéis el deber de aconsejar a Julia, de hacerle comprender que va por muy mal camino. Yo por mi parte hablaré con mi hijo muy seriamente. Creo que todos estamos en el caso de evitar una vergüenza, y quien sabe si un escándalo irreparable para las dos familias.

CARMEN

Sí, tiene usted razón; pero no sé lo que puede hacerse.

MANUEL

Mi situación, respecto a mi concuñado, comprenderá usted que es muy delicada. Hoy mismo ha venido a contarme el disgusto que había tenido con su mujer por cuestión de intereses... Yo sé lo que ha sucedido después, quién ha facilitado el dinero... Lo sé... y debo ignorarlo, porque ¿qué podría yo decir si dijera todo lo que debo pensar?

DOÑA VICENTA

Pero comprenda usted que yo, como madre, no puedo desentenderme de una situación que compromete la tranquilidad de mi hijo..., que hoy

depende en absoluto de las buenas relaciones con su socio, que confiaba en él para todo, y ahora..., con razón, desconfía y teme que mi hijo pueda perjudicarle en sus intereses... No por una malversación ni por un abuso de confianza, eso no; pero sí por descuidos, por abandono..., preocupado por esa locura, esa pasión vergonzosa..., de la que ya está pesaroso..., pero que Dios sabe las consecuencias que puede traer en su vida.. Y perdonen ustedes...

MANUEL

Nada, señora. En todo compartimos su disgusto y sus preocupaciones...

DOÑA VICENTA

Adiós, Carmen... Ven alguna vez por casa.

CARMEN

Sí, iré; aunque no quisiera ver a nadie...

DOÑA VICENTA

Lo comprendo, hija mía, lo comprendo... Estas cosas en una familia como la vuestra... No me acompañéis... *(Sale D.ª Vicenta.)*

MANUEL

¿Digo a Víctor que puede saludarte?

CARMEN

Sí, cuando quiera. *(Sale Manuel, y a poco vuelve con Víctor.)*

ESCENA III

CARMEN, MANUEL y VÍCTOR.

VÍCTOR

¿Cómo estás, Carmen?

CARMEN

Bien; ¿y tú, y Julia?

VÍCTOR

¿No ha venido hoy?

CARMEN

No; ¿te dijo que vendría?

VÍCTOR

Supongo que vendrá; si no hoy, un día de estos a contaros algo...

CARMEN

Si es algún disgusto entre vosotros, ya sabe ella que no tiene en mí la mejor defensora.

VÍCTOR

Ya lo sé, Carmen... Tú eres razonable... Julia... es...; ante todo, es que no me quiere.

CARMEN

¿Qué motivos tienes para creerlo?

VÍCTOR

Julia no tiene la menor estimación por mí. Se ha visto defraudada. Me creía un ser superior, y la fatalidad me ha hecho parecer ante todos, ante ella, porque cree en todos más que en mí, como un ser inepto, un iluso... Y hay que confesar que lo he sido... Al concebir cualquier empresa yo pensaba siempre en lo fundamental, desdeñaba los detalles, y los detalles eran lo importante... Los detalles eran... la mala fe de copartícipes y auxiliares, las intriguillas, las ambiciones mezquinas, que ni merecen el nombre de ambiciones, que son sólo codicias, menos aún, raterías... Todo eso tan español, tan nuestro; el picarismo que ha sido media vida española y ha malogrado siempre entre nosotros toda idea grande, toda

noble iniciativa. Hoy, con toda la experiencia lograda, quiero aprovecharme de ella. Voy a intentar, por última vez, y acomodándome al medio, algo... que será la última ilusión, mejor dicho, el desquite de haber perdido todas las ilusiones. ¿Dices que no has visto a Julia en estos días?

CARMEN

No; me ha sido imposible ir por vuestra casa; Julia no ha venido tampoco.

VÍCTOR

Menos mal; no se ha apresurado a desacreditarme ante vosotros. Ya le he dicho a Manuel, anticipándome a lo que ella pueda deciros, cual ha sido nuestro último disgusto. Deseo también que sea Manuel quien la tranquilice respecto a sus intereses. Gracias a la generosidad de Carlos he encontrado el dinero que necesitaba en excelentes condiciones. Tengo fe, una fe ciega, en que esta vez saldré adelante, en que podré demostrar que mi ineptitud era sólo... honradez... Ahora no seré tan honrado... No, no os asustéis; aún soy incapaz de indignidades. Me respeto demasiado a mí mismo. Pero sabré adaptarme, contemporizar, sobornaré cuando sea preciso..., seré hábil, más que eso, pícaro también a mi modo. Por suerte, nuestros pícaros suelen ser de una inge-

nuidad tan manejable... En cuanto a Julia, ¡es tan difícil que yo logre recuperar su cariño! Difícil, porque yo no he de intentarlo siquiera. Tengo un gran defecto, del que no he procurado corregirme nunca, porque yo lo estimo como una gran cualidad, el orgullo. Al acudir a Julia, no fué tanto porque no tuviese otro recurso, como por cerciorarme de si en efecto había perdido para siempre su confianza y su estimación. He visto que así era. Ya entre nosotros sólo queda lo que puede concederse a las apariencias sociales; por mi parte, sin violencia; por parte de ella.. temo que no sepa respetarlos tanto. Nunca he sospechado de su fidelidad... Julia es también orgullosa, como yo, y el orgullo la defiende de esas caídas de mujer vulgar, por despecho o por venganza... Julia aún es menos capaz de un vicioso capricho. Seguro de haber perdido su cariño, sé que nadie me lo ha robado. Aún le queda esa triste satisfacción a mi orgullo...

CARMEN

No sabes lo que me entristece veros así..., alejados..., por culpa de los dos, Víctor, de los dos.

VÍCTOR

Acaso.

CARMEN

No dudarás que Julia se casó muy enamorada de ti.

VÍCTOR

Sí; de lo que ella esperaba que yo podría ser.... no de lo que era, de lo que soy, un fracasado, vencido por la adversidad. Julia es de esas mujeres que sólo quieren por una de estas razones: o por admiración al hombre que creen superior..., admiración que es, en resumidas cuentas, su vanidad halagada..., o por lástima, por compasión al hombre que todo lo aceptará de ella... De otro modo, halago también de su vanidad. Yo no he sido el triunfador que puede ofrecerlo todo, ni he sabido humillarme como vencido que todo lo acepta. Julia no ha podido admirarme ni ha podido compadecerme... Eso es todo.

CARMEN

Todo es bien triste. Quizás la vida misma con el tiempo pueda enmendar el daño...

VÍCTOR

No lo espero. Los dos hemos visto demasiado claro en nuestros corazones..., quizás por ser los dos tan parecidos.

CARMEN

Razón para que supierais mejor comprenderos y perdonaros.

VÍCTOR

Razón para que sepamos demasiado uno de otro lo que ha sido de nuestro cariño... Adiós, y cuando veáis a Julia, tranquilizadla... El otro día, contra mi carácter, quizás estuve algo violento... Pudo creer que yo dudaba de ella... No, no he dudado nunca... Decídselo así, decídselo...

MANUEL

Adiós, Víctor... *(Sale Víctor.)*

ESCENA IV

CARMEN y MANUEL.

CARMEN

Ya lo ves. No es posible lo que dice la madre de Carlos, lo que tú mismo has creído, no es posible. Víctor nada sabe, no sospecha siquiera. No es posible que se pueda fingir de ese modo. ¿No crees lo mismo que yo? ¿Qué dices?

MANUEL

En efecto. Sería preciso un cinismo, más incomprensible por innecesario, porque él no ha podido sospechar por nada de lo que ha oído de mí que yo supiera nada de las relaciones de Julia con Carlos, ni de que él hubiera pedido dinero a Carlos..., ni nada, en fin, que le pusiera en el caso de justificarse conmigo, con nosotros... Y si no lo sabe, si Carlos sigue siendo para él el amigo y en esa confianza ha acudido a él... El día que por una mala intención, por una imprudencia de Julia misma llegue a saber... Yo no sé qué sería preferible...

CARMEN

¿Lo dudas?... Creamos por lo menos en su honradez...

MANUEL

Es que seremos tan pocos los que creamos en ella... Ya lo has oído: la madre de Carlos, Guzmán, su socio; el mismo Carlos, todos creen que Víctor ha pedido ese dinero confiado en que no podía negárselo, en complicidad con su mujer... Lo creen y es natural que lo crean... Todos ven..., lo que a todos les parece mentira que él no haya visto..., que él no sepa...

CARMEN

Pero tú, ¿aún dudas?

MANUEL

No lo sé... Ayer, al oír a Carlos, me pareció que, en efecto, Víctor debía saberlo todo... Hoy, al oírle a él, ya no puedo creerlo.

CARMEN

Tampoco es de una gran delicadeza, por parte de Carlos, venir a decirte que Víctor le había pedido dinero...

MANUEL

Y si me lo hubiera dicho a mí sólo... Pero a estas horas lo saben todos sus amigos...

CARMEN

Y con todo ello la honra de una mujer y la dignidad de un hombre ofrecidos a todos los comentarios, a todas las burlas. Y ese es el hombre en quien Julia buscaba la compensación a sus desilusiones. Porque aun supuesto que fuera verdad lo que él cree..., él es el único que no ha debido decirlo nunca...

MANUEL

¡Qué quieres! Somos así... De todas las vísceras que regulan el mecanismo humano, el bolsillo es la más sensible. Al menor ataque se queja. Es una víscera sin pudor alguno. Ya ves también esta respetable señora, la madre de Carlos..., estará cansada de saber que su hijo sostenía relaciones con una mujer casada, pero hasta ahora nada había tenido que decir... Al contrario, sin decirlo, en el fondo, en ese fondo de la moralidad doméstica, que suele ser una alcantarilla..., en ese fondo estaría encantada de que su hijo, a tan poca costa y con tanta comodidad, hubiera resuelto el problema del amor en la juventud... Sólo cuando se ha enterado de que el dinero de su hijo corría peligro se alarma su moralidad, y viene a pedirnos socorro, nuestra intervención para que esas relaciones no continúen, porque es una vergüenza para las dos familias... Cuando considera uno estos espectáculos que a diario nos ofrece la Humanidad... no puede uno por menos de sentir gratitud por los grandes sinvergüenzas, únicos que son capaces de poner a raya a los sinvergüenzas pequeños, que son innumerables... Y gente así es la que se atribuye el patrimonio de la honradez en las mujeres y de la caballerosidad en los hombres... *(Entra un Criado.)*

CRIADO

Con permiso.

MANUEL

¿Qué es?...

CRIADO

La señorita Julia está abajo en el coche, y pregunta por teléfono desde la portería si están solos los señores.

MANUEL

Sí. Diga usted que puede subir..., que estamos solos. *(Sale el Criado.)* Yo os dejo...

CARMEN

No, Manuel... Sin ti yo no sabría decirle nada, y es preciso que sepa...

MANUEL

Pero es tan violento para mí... Yo no soy su hermano...

CARMEN

Eres el único hombre con autoridad en la familia... Julia ha tenido siempre por ti gran estimación, y ha de oírte con respeto...

ESCENA V

DICHOS y JULIA.

JULIA

¿Cómo estáis?... Sé que Víctor ha estado aquí.

MANUEL

Sí.

JULIA

Os ha contado...

CARMEN

Mira, Julia, hermana... No es lo que pueda contarnos Víctor, es lo que dice todo el mundo, de ti, de él..., de todos, lo que debe importarnos.

JULIA

¿De mí? ¿Qué pueden decir de mí?

CARMEN

No, Julia... Si hasta ahora no te habíamos dicho nada, en nuestro silencio, en nuestra actitud, en nuestro alejamiento, has debido comprender que lo sabíamos todo.

JULIA

¡Ah!... ¿Es que a Víctor le ha dado ahora por ser celoso..., y él es quien os ha dicho...?

CARMEN

No, al contrario. Víctor, por desgracia, no es celoso..., todavía está seguro de tu fidelidad... Mal agradeces su confianza.

JULIA

No hablaba así el otro día...

CARMEN

Sí, ya sé que habéis tenido un disgusto.

JULIA

Sin importancia..., cuestión de dinero. Hasta ahora le había dejado desbaratar, y no dirá, que nunca le he pedido cuentas, ni me habrá oído lamentarme de ello; la mayor parte de nuestras rentas..., privándome de comodidades, de gustos de que yo no tenía por qué prescindir... Con sus sueños de gran industrial, de gran negociante..., a lo Ford, y su falta, yo no sé si de capacidad o de fijeza..., lo cierto es que en todo ha fracasado... Con lo que se ha perdido en estos años hubiéramos podido aumentar nuestro capital..., ¡qué sé

yo! No dirá que yo he malgastado: ni una alhaja, ni vestidos costosos, ni comidas, ni fiestas... Este año no ha sobrado nada de la renta. Me pidió que hipotecara la finca de los Morillos o una de las casas de Madrid... No lo creí prudente ni necesario... Ya es hora de que renuncie a sus empresas, con las que pretendía deslumbrarme, a falta de otras atenciones... ¿No he hecho bien?

MANUEL

Sí, perfectamente. Estás en tu derecho al defender tu capital. Doblemente si el cariño no te hace gustoso el sacrificio.

JULIA

¡Dónde está ya el cariño!

MANUEL

Pero si el cariño..., eso que tú llamas cariño, y era, sin duda, algo bien ligero y superficial, cuando no ha podido sobreponerse a las inevitables desilusiones y contrariedades de la vida matrimonial; si ese cariño se ha perdido, procura, a lo menos, ya que has sabido defender lo material de tu patrimonio, defender el patrimonio moral, que es el buen nombre, el decoro de vuestra casa...

JULIA

De nada me acusa mi conciencia... Si la falta de cariño dispensa de todos los deberes que el cariño impone..., yo no he faltado a ningún deber... Si hacer mal es causar daño a alguien..., yo no he causado ningún daño... Nadie será más desgraciado por mi culpa..., que es sólo mía.

CARMEN

Sí, tuya es la culpa, como son nuestros todos nuestros errores y todas nuestras culpas; pero no tranquilices tu conciencia con creer que a nadie más que a ti tienes que dar cuenta... ¿Tú no sabes que Víctor ha pedido a Carlos el dinero que tú te negaste a facilitarle?...

JULIA

¿A Carlos?

CARMEN

Sí, a Carlos...

JULIA

¡No! ¿Quién lo ha dicho? ¿Quién lo sabe?

CARMEN

Víctor no lo niega, porque para él no existe un motivo para ocultarlo. Carlos, en cambio, no de-

bía decirlo, y lo dice..., y no sólo lo dice, sino que supone que Víctor le ha pedido ese dinero porque lo sabe todo... ¿Comprendes?

JULIA

¡Ah, no; eso no! ¡No puedo creerlo!

CARMEN

Y cree más: cree que tú estás de acuerdo con tu marido.

JULIA

No, no es posible. ¡Sería un miserable! No puedo creerlo. Queréis volverme loca... No, no; es mentira, mentira todo... Es el modo que habéis hallado para castigarme... Y sólo con pensarlo ya es castigo... No puede ser, no puede ser. Lo sabré pronto

CARMEN

¿Qué nueva locura?...

JULIA

Dejadme, dejadme... Si fuera verdad...

MANUEL

No lo dudes. Sobre Víctor pesa hoy la sospecha de la mayor indignidad que puede cometer un

hombre. ¿Y creías que tu falta sólo a ti podía alcanzar? Es cierto que ya nadie juzga que un hombre deje de ser honrado porque su mujer no lo sea. Al hombre más honrado puede sucederle... Pero comerciar, lucrarse a costa de esa deshonra..., es caer tan bajo, tan bajo, que no encuentro que pueda acusarse a un hombre de nada más indigno de un hombre... Piensa lo que debe hacer Víctor cuando sepa lo que has hecho de su honra, de su otra honra, que ésa si es suya..., nuestra, de todos..., porque todo puede creerse de una familia en que puede suceder... eso... Ya lo sabes. Afronta la verdad y afronta todo lo que suceda.

JULIA

Y ¿qué puedo yo hacer..., qué debo hacer...?

MANUEL

Eso... es cuenta vuestra... Tuya y de tu amante. En cuanto a Víctor..., piensa que hasta le habéis quitado el derecho de mataros a los dos..., de matar a ese hombre frente a frente, porque ya no sería el justiciero ni el vengador..., sería el criminal vulgar que mata porque... Ni siquiera puede decirse robado..., porque robar es más digno...

JULIA

¡Calla, calla! Eres implacable. ¿Qué puedo hacer, qué debo hacer...?

MANUEL

¿Lo preguntas? Devolver a tu marido su honra..., la suya... Aunque te cueste la vida. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de Víctor.

ESCENA I

JULIA y CARLOS.

JULIA

¡Tú! ¡A estas horas, así!... ¡Qué imprudencia! ¡Qué pensarán los criados!... Y Víctor, que debe estar en casa, y le extrañará tu visita.

CARLOS

Supe que habías ido a buscarme; como hoy no te esperaba, supuse que algo urgente tenías que decirme...

JULIA

Si es por eso, no es razón para que vengas así, de esta manera... Tus visitas han sido siempre justificadas...

CARLOS

No sería tan difícil justificar ésta. Otras veces he venido tan de improviso, y no te ha contrariado.

JULIA

No, así nunca..., nunca a una hora tan intempestiva.

CARLOS

Sabía que Víctor había salido.

JULIA

Volverá en seguida; nunca se retira tarde. Y aunque ya no estés aquí cuando él vuelva, razón de más para que deba saber que has estado. Sería peor hacer misterio de ello... Tú dirás a qué puedo decirle que has venido..., cómo justificarlo...

CARLOS

¡Justificar! ¡Qué exageración! ¿No tengo bastante confianza en esta casa para que una visita mía no pueda extrañar a una hora que no es tan inusitada?... Mal agradeces mi impaciencia, mi temor de que hubieras tenido algún nuevo disgusto. Aunque supongo que no habrá sido con Víctor.

Tal vez con tu hermana. Me dijiste que pensabas ir por su casa.

JULIA

¿Por qué supones que el disgusto no podía ser con Víctor...?

CARLOS

Por nada. Me dijiste que el último que habías tenido había sido por cuestión de intereses...

JULIA

¿Y supones que ya no puede existir ese disgusto?

CARLOS

¡Ah!, no sé... ¿Qué ha sucedido entonces?

JULIA

Nada, nada... No es ocasión... Déjame, déjame... Mañana hablaremos; yo iré por la tarde...

CARLOS

Pero ¿no puedes decirme ahora...?

JULIA

No, no, déjame. Antes de hablar contigo, quiero saber, necesito saber...

CARLOS

Saber ¿qué?... Vamos, habla, ¿qué te sucede?... Comprenderás que por unos minutos que se prolongue mi visita, ya que he cometido la imprudencia, según tú, de venir a estas horas...

JULIA

No, no; Víctor no puede tardar.

CARLOS

¿Qué importa que venga..., ni que me encuentre aquí?... No te preocupes.

JULIA

¿Qué quieres decir? ¿Por qué no ha de importarme?

CARLOS

Pero ¿qué te sucede? Nunca te he visto así... ¡Me miras de un modo; tus palabras quieren ser agresivas!...

JULIA

¿Dices que no debe importarme? ¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Crees que has comprado el derecho de entrar en esta casa a cualquier hora, de cualquier modo, sin miramiento alguno...?

CARLOS

¿Qué quieres decir? ¿Comprar? ¿Qué puedo yo haber comprado?...

JULIA

¿Es verdad que Víctor te ha pedido dinero?...

CARLOS

¿Quién te lo ha dicho?

JULIA

¿Qué te importa?... Él mismo se lo ha dicho a mi cuñado, a mi hermana, para que ellos me lo dijeran. Él, naturalmente, no cree que tenga por qué ocultarlo. Ha acudido al amigo, que fatalmente eras tú...; ha recurrido a ti, sin saber, sin sospechar lo que todos pensarán, lo que tú mismo has pensado...

CARLOS

¡Julia!

JULIA

Sí, sí...; Guzmán, tu socio, se lo ha dicho a mis hermanos; tu madre también ha estado en su casa, muy alarmada, por lo que ella cree una explotación, de la que también suponen, creen, que

yo soy cómplice... Sí, sí, tú lo sabes; no finjas, no mientas...

CARLOS

Es que me sorprende tanto lo que dices; no sospecharás que yo...

JULIA

No lo sé. Sé lo que piensan, lo que dicen tus más allegados.

CARLOS

Yo no soy responsable de lo que otros puedan pensar.

JULIA

Pero sí de lo que otros han podido saber.

CARLOS

Yo no podía disponer de ese dinero sin contar con mi socio; no debía ocultarle para quién era, las razones que me obligaban...

JULIA

¡Ah, eso! ¡Que te obligaban! Ninguna razón te obligaba... Debiste decírmelo antes; yo lo hubiera evitado a tiempo. Tenías pretextos de sobra para negar a Víctor ese favor, que tú sabías de-

masiado cómo había de conceptuarse, mucho más si eras tú el primero en conceptuarlo de ese modo.

CARLOS

Yo te aseguro que no he pensado nunca...

JULIA

Has dicho que te creías obligado... ¿Por qué?...

CARLOS

Prescindo de que no podía faltar a la confianza de Víctor en mi amistad. Pero ante todo pensaba en tí, en evitarte nuevos disgustos si Víctor insistía en que tú le facilitaras ese dinero... ¿No me dijiste tú misma que al negarle tu firma te había insinuado que él ya sabía que había perdido tu cariño...; no temías tú misma que él lo supiera todo?...

JULIA

No, eso no. Él puede creer que ha perdido mi cariño..., pero no ha dudado nunca de mi fidelidad... Él no sabe..., no puede saber... Estoy segura de ello... Necesito esa seguridad...

CARLOS

No sé cómo podrás tenerla. Él no ha de decírtelo...

JULIA

¡Ah!, ¿lo ves? Tú no lo crees, no lo crees, y al no creerlo dudas de mí también... Estábamos de acuerdo. ¿No es eso?

CARLOS

No digas locuras. Yo no he hablado de ti para nada.

JULIA

Hablar, no; lo piensas y es peor que si lo dijeras. Soy la mujer que se vende, sin la franqueza de declararlo, valiéndose de su... rufián..., porque eso sería él, y eso crees tú, y todos, porque no hay amigo tuyo que no lo sepa, que Víctor te ha pedido dinero a ti, sabiendo que eres el amante de su mujer... ¡Ah!, no, no. Yo te aseguro que Víctor te pagará ese dinero y sabrá lo que has pensado de él y de mí...

CARLOS

Pero ¿estás loca? ¿Qué vas a decirle? ¿Qué vas a hacer?

JULIA

Pero no ves que yo también dudo, y si dudo de él es por creer en ti todavía y en mí también,

para no verme tan despreciable al pensar lo que tú has podido creer de él y de mí...

CARLOS

Pero ¿quién ha dicho que yo dudo de ti?... Ni de Víctor tampoco... Vamos, cálmate...; estás muy nerviosa. Sin duda tus hermanos te han dicho lo que ellos habrán oído de gente interesada en separarnos, como ellos lo están también... Es natural que procuren alarmarte... Ellos si saben, son los que pueden saber...; pero son más los que nada saben, los que no sabrán nunca nada. Nos preocupamos demasiado de la opinión de las gentes, que no se preocupan tanto de nosotros, como somos muy dados a creer por un modo de vanidad... Lo menos crees tú que ya en todo Madrid no se habla más que de nosotros...

JULIA

Me hace daño oírte hablar así, en ese tono ligero, burlón..., cuando mi vida entera está pendiente de una palabra tuya que sea de seguridad...

CARLOS

¿De qué? ¿De mi cariño?

JULIA

¿De tu cariño? No; de algo más que cariño necesito yo ahora; si el cariño no es más que esa conformidad tuya, esa condescendencia que te parece la mejor prueba de cariño que puedes ofrecerme... Has asegurado mi tranquilidad. Pero ¿no comprendes que yo no acepto esa tranquilidad? Yo sí quisiera ahora encontrar una razón, aunque esa razón fuera la que tú supones para comprender por qué te he querido... Es justo que tú creas que sólo podía ser por tu dinero. La conciencia te dice que no podías corresponder de otro modo. Ni tu corazón, ni tu caballerosidad podían ofrecerme nada que valiera tanto...

CARLOS

Tú dirás si es mi corazón o mi caballerosidad lo que permite, respeta... y hasta perdona tus insultos..., cuando hayas reflexionado.

JULIA

Sí, es lo mejor... Déjame, déjame... Necesito reflexionar, como tú dices...

CARLOS

Necesitas considerar que nada de lo ocurrido es de la gravedad que tú supones... Que personas

allegadas a nosotros comentan desde su punto de vista nuestra situación; que mi pobre madre procura la intervención de tus hermanos para ponerle término... ¿Es que nada de esto ha podido sorprenderte? ¿Creías que indefinidamente nadie, nadie en absoluto llegaría a saber?... Y no es que hayamos sido imprudentes, que hayamos hecho ostentación de nuestro cariño... Pero tú sabes que la misma prudencia llevada al extremo, puede ser delatora. Y, aparte todo esto..., ¿es que yo tengo la culpa de nada? De que Víctor haya recurrido a mí, de que mi socio haya tenido que enterarse, de que el mismo Víctor lo diga, porque él suponga, con razón, que nada tiene de particular recurrir a un amigo... Los que lo sepan... pensarán lo que les parezca... ¿Qué puedo yo hacer? ¿Cómo podía evitarlo? ¿Lo ves como si se considera todo en calma no hay por qué asustarse de nada?... Sí, te dejo, te dejo... ¿Estás ya tranquila?... ¿Puedo dejarte en esa seguridad?... ¿Nos veremos mañana?... ¿Te espero?.. ¿Hasta mañana?...

JULIA

Hasta mañana, sí, hasta mañana... *(Sale Carlos.)*

ESCENA II

JULIA, que sale un momento; después llama y entra un CRIADO.

JULIA

¿Ha salido el señorito esta noche?

CRIADO

Sí, señora, salió, pero ha vuelto en seguida...

JULIA

¿Está solo?

CRIADO

Está en su despacho con el escribiente...

JULIA

Dígale usted de mi parte que venga, cuando haya terminado. Yo aún tardaré en acostarme.

CRIADO

¿Manda otra cosa la señora? *(Sale el Criado. Julia entra en una salita próxima, y cuando llega Víctor no está en escena.)*

ESCENA III

VÍCTOR y JULIA.

VÍCTOR

¡Julia..., Julia!... *(Al verla salir.)* Ah... Me dijeron que deseabas verme.

JULIA

Sí... ¿Has terminado ya? No dejes nada por mí... No es nada urgente.

VÍCTOR

Sea como sea... Ya había terminado. ¿Qué quieres decirme?

JULIA

Ven aquí, siéntate. Quiero que hablemos...

VÍCTOR

Cuanto tú quieras...

JULIA

(Rompiendo a llorar con angustia.) ¡Víctor..., Víctor!

VÍCTOR

¿Qué te sucede? ¿Por qué ese llanto...? Vamos, ¡qué niñería!... ¿Por qué esa tristeza? Nunca te he visto llorar así. ¿Es por el disgusto que tuvimos el otro día? Más pesaroso estoy yo que tú. No recordemos nada. ¿Has visto a tus hermanos? ¿Te dijeron que yo había estado allí?

JULIA

Sí, ya me dijeron...

VÍCTOR

Te habrán reprendido, como a mí. Ellos, con el mejor deseo, quisieran vernos muy dichosos... ¿Era eso lo que tenías que decirme?

JULIA

No... Sí, eso también... ¡Tantas cosas!... Y no sé qué decirte. ¡Cuántas veces habremos estado así, uno al lado de otro, sin decirnos nada, y cómo nos comprendíamos! ¡Sabíamos que era un mismo pensamiento! Ahora hablaremos, hablaremos, y no sabremos lo que cada uno piensa... ¿Qué daría yo por saber lo que tú piensas de mí? Piensas que no te quiero, piensas que no te he querido nunca...

VÍCTOR

Eso no. Me has querido, nos hemos querido mucho. Si no nos hubiéramos querido tanto, ni tú llorarías así ni yo sentiría esta inmensa tristeza, esta desolación de nuestras almas. Conocer que es mentira algo que se creyó verdad es muy triste; pero al fin, substituir una mentira por una verdad, aunque sea dolorosa, siempre fortifica nuestro espíritu. La posesión de una verdad nunca se paga bastante cara en la vida. Lo triste es ver perderse una hermosa verdad por una verdad horrible. Pensar: «¡Era verdad nuestro cariño!», y pensar: «¡Ese cariño se ha perdido!» Verdad aquello, verdad esto... Pero ¡qué verdades tan distintas!

JULIA

¡Nuestro cariño! ¿Qué ha sido de nuestro cariño? ¿Cómo le dejamos perderse así?... ¿Por qué no supimos defenderle? Pero yo sé que algo puede unirnos todavía: esta misma tristeza nuestra, esta desolación de nuestras almas... No preguntemos quién ha sido más culpable. Si queremos ser justos no sabremos ser dichosos. Todo está perdonado. ¿Crees tú que tienes mucho que perdonarme? También yo a ti, ¿verdad?

VÍCTOR

¿Por qué no? Era muy desgraciado y tenía el orgullo de no aparentarlo. Tal vez me creías dichoso; en mis circunstancias, debías creer que era muy egoísta.

JULIA

No; yo veía, comprendí tu tristeza; pero comprendí también tu orgullo, y temía ofenderle anticipándome a ofrecerte una compasión que tú no solicitabas. Por eso, el otro día, cuando por primera vez vi que acudías a mí, que necesitabas de mí, sentí el deseo de venganza...

VÍCTOR

No lo recuerdes. Fuí yo el que hice mal... Tienes sobrados motivos para desconfiar de cualquier asunto que yo emprenda... Todos han sido otros tantos fracasos... No sé quién ha dicho que Dios acaso dejaba sin castigar algunos de nuestros pecados, pero nunca el del orgullo. El mío está bien castigado. Mi orgullo, que hubiera querido ofrecerte... más de lo que yo había aceptado al casarme contigo, lo que tal vez creyera que había sido mi única razón para quererte.

JULIA

No; eso no lo he creído nunca. No he dudado

de tus buenos deseos, ni de tu inteligencia tampoco... Que no has tenido suerte: eso es todo.

VÍCTOR

No sé a qué pueda llamarse suerte. Los que triunfan, siempre creen que ha sido por su talento o por su trabajo: les humillaría creer en la suerte. Yo puedo asegurarte que ninguna de mis empresas era disparatada; que cualquiera de ellas, con otros auxiliares, en otro ambiente, hubiera sido... lo que soñaba, lo que yo creía. Yo sé que he trabajado con honradez, con toda mi voluntad y también con todo mi corazón. Debiste creerlo.

JULIA

¿Por qué no, Víctor? Y ahora triunfarás; estoy segura. Y sentiré que creas que por esa seguridad quiero ser yo quien te ofrezca todo lo que necesites.

VÍCTOR

Si ya no necesito nada. ¿No te han dicho tus hermanos que ya había encontrado el dinero?

JULIA

Sí, me lo han dicho.

VÍCTOR

¿Que ha sido Carlos quien...?

JULIA

Sí, ya lo sé; Carlos...

VÍCTOR

Siempre ha sido un buen amigo mío: el único en quien he hallado siempre simpatía y comprensión, a pesar de mis fracasos... Además, yo sé que para él esa cantidad no suponía ningún sacrificio, dado el próspero estado de sus negocios..., y dado también que, por la índole de ellos, si por desgracia, no pudiera pagarle con mi dinero, siempre podría pagarle con mi trabajo.

JULIA

Sí...; pero ¿qué necesidad de tener esa preocupación?... Yo no quiero que estés obligado a nadie más que a mí...

VÍCTOR

Para mí, hoy sería mayor preocupación comprometer la más pequeña parte de tu capital.

JULIA

Veo que no olvidas ni perdonas... Entonces no volverá nuestro cariño. Yo quiero que lo aceptes

todo de mí. Que pagues a Carlos cuanto antes, mañana mismo. ¿Qué debo firmar? En un día puede arreglarse todo... Mañana mismo, ¿verdad?... Necesito que aceptes... De otro modo no creo que me perdonas... Y quiero saber todo lo que has pensado: tus proyectos..., tus esperanzas..., todo. ¿Tú crees que no me interesa? Si mi disgusto fué siempre porque nunca contabas conmigo para nada; era que, por lo visto, no estimabas en nada mi parecer.

VÍCTOR

¿Tu parecer? ¡Eres olvidadiza! Alguna vez fui a decirte: Esto he pensado, esto quiero emprender..., y tu respuesta sólo era: ¿Otro disparate? ¿Otra tontería? ¿Lo has olvidado? Mala memoria, mala memoria...

JULIA

No; yo no he olvidado nada. Pero recuerdo sin rencor... *(Cambiando de tono y otra vez con dulzura.)* Confiabas demasiado en ti; yo tenía la tristeza de una nueva desilusión para ti... Eso significaban mis advertencias. Nunca puse en ellas ese tono despectivo con que tú las recuerdas... Era llamarte a la realidad...

VÍCTOR

Sí, me llamabas a la realidad por si mis ilusiones me llevaban a olvidarme de ella... Por lo menos, la ilusión de tu cariño no quería que me engañara... Y si tú supieras que al faltarme la confianza de tu cariño, al saber que nadie..., nadie, porque si no eras tú, ¿quién podía ser?, me acompañaba con el pensamiento en el afán de mi trabajo, sin darme cuenta, me sentía desalentado cuando más energías necesitaba. Hay quien cree ilusoria, risible esta creencia en fuerzas espirituales, que en bien o en mal pueden influir en el curso de nuestra vida. Yo estoy seguro de ellas. Pero nunca me siguió nadie con un pensamiento de amor en mis afanes; ninguna voluntad, todo amor, vino a fortalecer mi voluntad... Estaba yo solo contra todo; no podía vencer.

JULIA

Y si tu orgullo se obstina..., se complace en estar solo... No, no; desde ahora estaremos muy unidos..., como no hemos estado nunca... Porque yo no dudo que lo has perdonado todo... Que aceptarás lo que te ofrezco. Sólo así creeré que empieza otra vida para nosotros...

VÍCTOR

¿Sólo así? No, Julia; no es ya mi orgullo; pero bien está como está.

JULIA

¿Lo ves como yo significo muy poco para ti? Es preciso que aceptes mi ofrecimiento. Yo no quiero que seas deudor a nadie más que a mí.

VÍCTOR

No insistas. ¡Y qué pensaría el mismo Carlos si ahora me apresuro a devolverle ese dinero..., ultimada ya la obligación...!

JULIA

¿Qué puede pensar? Le dices la verdad; que yo lo he dispuesto, que yo he querido... No puedo extrañarle... No dudes más... Es preciso... Es que tú no sabes...

VÍCTOR

Me basta con saber que no hablas por ti. En todo cuanto dices advierto no sé qué influencias extrañas... Alguien te ha aconsejado...

JULIA

No era preciso que nadie me aconsejara... Pero, en todo caso, mis hermanos piensan lo mismo

que yo... Manuel sabe que el socio de Carlos no ha accedido muy gustoso a facilitarle ese dinero... La madre de Carlos también ha creído que debía intervenir, y Carlos mismo, a quien tú crees tan amigo tuyo..., si no podía disponer de ese dinero sin contar con su socio, sin intervención de sus allegados..., sin exponer tu crédito a los comentarios, a la maledicencia de todos... Hubiera sido más noble negarte ese favor... No le hubiera faltado un pretexto... Ese mismo, que el dinero no era suyo... Todo antes que dar ocasión a murmuraciones, a infamias...

VÍCTOR

¿Murmuraciones, infamias? ¿Por qué? Si yo hubiera advertido en Carlos la menor contrariedad al pedirle yo ese favor, que estoy por decir, se adelantó él a ofrecerme. Tú lo dices, nada le obligaba. Yo no hubiera dudado de su amistad porque se hubiera negado a servirme. Lo hubiera preferido a saber que el servirme ha podido contrariarle.

JULIA

A él no. Para él es una satisfacción..., una satisfacción miserable..., por la que ya cree tener derecho a todo...

VICTOR

Comprenderás que sería muy torpe si ya no hubiera entendido que en todo esto que te obliga a importarte de mí..., lo que no te ha importado nunca, hay más, mucho más de lo que dices... Mírame, mírame te digo... ¿Es a ti a lo que Carlos se cree con derecho? ¿Es a ti a quien él ha creído comprar al servirme?... Es la vulgar aventura del seductor de oficio... No le juzgué así nunca... No puede uno creer en nadie; entonces..., ¿es eso? ¿Es eso lo que da lugar a esas murmuraciones, a esas infamias que tú dices?... No puedo ser otra cosa. ¿Es eso?... Mira que pronto puedo saber la verdad; si ese hombre no es un miserable...

JULIA

Es más miserable de lo que tú crees. Pero no le preguntes a él, que se creería obligado a mentir... Soy yo quien debe decirte la verdad..., la verdad que quema mis labios...; yo, tan miserable como él... Sí, sí... La verdad no me asusta... Sé que he perdido tu cariño para siempre, y esa verdad sólo puede ser mi castigo...

VÍCTOR

¿Tu castigo? Pero ¿no ves que ni eso puedo...?

Ni qué me importa a mí tu castigo, ni el suyo... Y esa verdad es la que ha podido hacerme creer por un momento que tu corazón volvía a ser mío. Y era tu astucia de mujer culpable para obligarme a aceptar de ti... lo que tú crees que no puedo aceptar de tu amante... No por lo que te importe de mí...; por lo que te importa lo que él puede pensar de ti. Pero qué poco has pensado antes que sólo por ser tú tal mujer... podía nadie creer de mí que yo era tal marido...

JULIA

No, eso no... ¿Qué me importa lo que piensen de mí? Es por ti, por ti solo. ¡Mátame, castígame como quieras!... Pero cuando me hayas castigado, piensa que he podido callar, y por mí has sabido la verdad, sólo por mí... Ya no puedo dudar que no lo sabías antes... Y tú no sabes lo que vale para mí esa verdad.

VÍCTOR

Pero ¿tú creías...?, ¿y él ha creído también...?, y ¡todos! Y así hubiera vivido deshonrado... No por ti; ¿qué me importa tu honra de mujer, que vale bien poco al lado de esta honra mía? ¿Entiendes? Mía... Pero ¿qué pensabas tú de mí?... Qué, ¿has podido dudarlo siquiera?

JULIA

No, yo no lo creí nunca... No lo creía..., contra todos... Como tú no creerás nunca que si has sabido por mí la verdad es porque te quería, te quería... Ya sé que no puedo decir te quiero... Esa verdad no has de creerla nunca...

VÍCTOR

Pudiera creerla..., por ser una perversión más de tu corazón. Ahora sabes que tú eres la única que no tienes derecho a despreciarme..., y ya que no has podido rescatar mi honra con tu dinero, la rescatas con la verdad... Pero ¡qué diferente la verdad para uno y otro!... Cuando todos sepan lo que tú eres..., sólo tú puedes saber lo que yo no he sido..., lo que todos creerán ya siempre... Ya ves lo que has hecho de mi vida, ¡mujer! Con el dinero de tu amante entre nosotros..., si matara, ¿qué pensarían de mí?... ¿Qué pensarían también si perdonara? Ven aquí, mujer, mujer mía... Ya sé la verdad, pero no es bastante... Dime tú ahora qué debo hacer..., tú debes decírmelo. Yo no soy un hombre; soy un marido..., ¡tu marido!; mi vida es tuya, mi honra es tuya... ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?...

JULIA

¡Víctor, Víctor! ¿Qué es esto? Aquí pronto. ¡Socorro!... No..., que no venga nadie, que no vean, que no sepan... ¡Víctor! ¡Víctor!

VÍCTOR

¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

CARMEN y VÍCTOR, que duerme en un sillón.
Entra MANUEL.

MANUEL

¿Y Víctor?

CARMEN

Mira.

MANUEL

Duerme. Estaría rendido. Lleva unos días...

CARMEN

¿Arreglaste todo?

MANUEL

Sí, puede marcharse esta misma noche, como desea.

CARMEN

Yo apenas he hablado con él. ¿Qué dice? ¿Qué piensa de... de todo?... En estos días, ¿nada te ha dicho de...?

MANUEL

¿De Julia? No habla de ella; ni la más remota alusión; nada que deje suponer lo que piensa. Sólo habla de su viaje, de su nueva vida; pero como si no fuera una nueva vida, sino la vida de siempre que sigue...

CARMEN

¡Si él supiera que Julia está tan cerca!...

MANUEL

¿Cómo?

CARMEN

Sí; está aquí. Apenas saliste, llegó. Víctor no había venido todavía.

MANUEL

Pero ¿ella sabe...?

CARMEN

Sí; sabe que Víctor se marcha; sabe que estará aquí hasta ese momento. Y quiere verle, hablar con él...

MANUEL

No, ahora no. Yo hablaré antes con él, y si es posible... ¿Quién puede saber lo que él piensa, bajo esa aparente tranquilidad, que sólo puede ser aparente? Ya se despierta.

VÍCTOR

¡Ah, Manuel! Pronto has vuelto. Me quedó dormido... Estaba muy cansado. Perdona, Carmen.

CARMEN

De nada. ¿Quieres tomar algo? No has almorzado nada.

VÍCTOR

Sí, he almorzado muy bien.

CARMEN

¿Cómo te encuentras?

VÍCTOR

Bien, muy bien... ¿No parece natural que me encuentre bien..., por eso me preguntas?... Pues sí, me encuentro bien, y más fuerte que nunca. ¡Y tan mío, tan señor de mí mismo!

MANUEL

Aquí tienes todos tus documentos en regla.

VÍCTOR

Gracias. ¡Cómo te has molestado!

MANUEL

Y tus cuentas. La cantidad sobrante. Estas letras, billetes... Cuenta...

VÍCTOR

Gracias. Aún tengo que hacer algunas compras.

MANUEL

¿Quieres que te acompañe?

VÍCTOR

No, deja... Toda la mañana has andado por mí de una parte a otra... Mucho te lo agradezco. Haré que traigan aquí mi equipaje; saldré desde aquí para la estación, y aquí nos despediremos..., quién sabe hasta cuando.

CARMEN

¿Piensas que no hemos de volver a vernos? A

mí ni se me ocurre pensarlo; sería muy triste... Sabes que te queremos.

VÍCTOR

Sí. ¿Por qué no? Hasta ahora... *(Sale.)*

ESCENA II

CARMEN y MANUEL.

CARMEN

Me asusta esa calma que, dices bien, sólo puede ser aparente. Él, por supuesto, no ha vuelto a encontrarse con Carlos...

MANUEL

No. Ni lo ha procurado.

CARMEN

La madre de Carlos temía...

MANUEL

¿Qué? ¿Por la vida de su hijo? Menos, tal vez, que temió antes por su dinero... ¿Qué temía? El ridículo duelo, que hubiera avivado las hablillas de la gente. Por fortuna, Víctor no ha pensado en ello. Tiene mejor idea de su dignidad de hom-

bre. Víctor sólo ha pensado en que todo sea... como si nada hubiera sido, en que se hable lo menos posible, en que nadie recuerde lo sucedido, en que todo se olvide. Él sabe que sólo lo que está bien olvidado puede decirse que está muerto...

ESCENA III

DICHOS y JULIA.

JULIA

¡Eso no! Ni morir ni olvidar.

MANUEL

¿Me escuchabas?

JULIA

Sí. Por eso te he respondido con toda mi alma: Ni morir ni olvidar.

MANUEL

¿Qué quieres entonces, qué esperas? Que sin olvidar perdone y con el perdón puedas hasta ser dichosa. Eso sí, eso sí crees que es posible.

JULIA

¿Dichosa? De esa dicha fácil, de esa dicha apa-

rente que hace creer a los demás que somos felices porque nos ven alegres, ya sé que no. Pero dichosos de una dicha más nuestra, como no lo hubiéramos sido nunca si no hubiéramos sido culpables ni desgraciados..., ¿por qué no?

MANUEL

¡Ah! ¿Crees tú que ha sucedido por vuestro bien todo lo sucedido?

JULIA

No; todo ha sido por nuestro mal, por nuestra culpa. Pero ¿de qué servirían nuestras culpas y nuestros errores si no nos enseñaran a conocernos mejor, si no sirvieran para rehacer nuestra vida, no para destrozarla para siempre? Yo no me engaño ante mi culpa. Fué la consecuencia fatal de todas las ilusiones, de todas las mentiras con que han engañado nuestra imaginación al hacernos creer que el amor y la felicidad son inseparables. Pero una felicidad que nos imaginamos como un camino de flores, por el que ha de irse siempre enlazados de las manos, sin pensar en que pueda terminarse nunca, sin cansancio, sin contrariedades, sin fastidios, sin oír ni decirse más que dulces palabras: ¿Me quieres? Te quiero. ¿Cuánto? ¿Cómo? ¡Siempre! ¡Toda la

vida! ¡Toda la vida! Y aún no sabemos lo que es la vida.

MANUEL

¿La vida con su prosa, verdad? ¡La prosa de la vida! Cómo les asusta y cómo maldicen de ella los que ni saben amar ni saben ser poetas! Para el verdadero cariño no puede haber desilusiones al afrontar la prosa de la vida. Para esa otra poética mentira, sí. Y es que no siempre han de estar las flores en el camino para irlas cortando a nuestro paso; es más seguro llevarlas en nuestro corazón para dejarlas caer y alegrar con ellas los caminos de aridez y asperezas. Que las rosas tengan espinas es la desilusión de los que sólo saben soñar mal; que las espinas tienen rosas es la verdad de los que saben hacer bien.

JULIA

Pues por toda esa verdad que llegó a mí, primero, como desilusiones, desengaños, tristezas que parecían insoportables y eran sólo impaciencias de chiquilla enamorada; por esa verdad, que fué después... un nuevo engaño, con todas las inquietudes de la culpa y todas las bajezas de la mentira; por toda esa verdad, que fué al fin el dolor, la deshonra, la vergüenza..., por todo eso es por lo que no me resigno, no sé resignarme a la des-

esperación de pensar, pensar siempre, por una eternidad, como en castigo de infierno, en lo que fué, en lo que es, en la culpa, en la vergüenza, en el dolor, en la deshonra, y así siempre, así siempre...; pensar, pensar, pensar... Cuando todo puede rescatarse, cuando puede redimirse todo, cuando hay más vida y en esa vida, al fin, una verdad.

MANUEL

Y esa verdad tuya. ¿Es que hoy amas a tu marido como no le habías amado antes, como no le habías amado nunca? ¡Pero si esa verdad a tanta costa lograda es sólo verdad para ti!

JULIA

Ya sé que él no puede creerlo; ¿cómo ha de creer lo que yo misma no creía? Tan insensiblemente se habían alejado nuestros corazones, que ni había lugar para la acusación ni para la queja. Podíamos creernos tan indiferentes el uno al otro, que en mi falta no hubo siquiera la sombra de un remordimiento. Mía era la culpa, mías las consecuencias de mi falta...; tan desligada me creía de toda obligación, de todo deber... Y un día supe, vi que se acusaba de una infamia al hombre a quien yo no creía estimar, mucho menos querer, y ante la sospecha de todos, yo tam-

bién llegué a creer en su infamia..., y sentí la indignación de que fuera posible, y con toda mi alma el deseo de que no lo fuera..., de que aquél hombre, el que yo había elegido, el que yo había amado, no fuera un hombre indigno, capaz de mancharse con la bajeza y la vergüenza de aceptarlo todo. Y por creer en él, tanto como porque los demás creyeran, no dudé en confesarle mi falta; no, no dudé, aunque me hubiera matado, aunque nos hubiera dado muerte a los dos, a mí y al que ya odiaba tanto como había creído quererle; aquel hombre que era capaz de creernos cómplices, y al creerlo, nos unía en la misma vergüenza, en la misma deshonra.

MANUEL

Víctor creyó, creerá siempre que te importaba que dudara de ti.

JULIA

Sí, lo cree, debe creerlo. Yo te juro que sólo pensé en mí al comprender que su honra y la mía eran inseparables, como debieron serlo nuestras vidas; cuando comprendí que el matrimonio es el sacramento santo que une para siempre y para todo, para la alegría y para el dolor, para la honra y para la ignominia. Y nunca me he

sentido más suya que cuando comprendí que podía matarme..., por eso, por ser suya.

MANUEL

Como somos de todos. Desdichado el que pretende romper esa cadena social que a todos nos une y ante todos nos hace responsables. Por eso, sobre nuestra propia conciencia, que nos absuelve de muchas faltas que juzgamos así, como si sólo fueran nuestras y nadie pudiera pedirnos cuenta de ellas, sentimos la inquietud acusadora de otra conciencia más severa; es la conciencia social, que habla en nosotros en nombre de nosotros mismos, que en aquel momento, al acusarnos, ya somos uno de los demás. Tu conciencia, la tuya, estaba tranquila: la falta de la mujer no es deshonra para el marido, pensabas; son preocupaciones sociales, atavismos de un falso concepto del honor. No hago mal, puesto que nadie es más desgraciado por mi culpa... Y de pronto cae de rechazo sobre ti la vergüenza que por tu culpa afrenta a tu marido, y entonces quieres, deseas con toda tu alma que él sea honrado..., por eso, porque es tu marido. ¡Qué antiguallas! ¡Qué prejuicios sociales! Si tu honra no importaba a la suya..., ¿por qué te importa a ti que él sea honrado? ¿Qué tienes tú que ver con su honradez ni él con la tuya? ¿Ves como nunca somos

tan libres, tan nuestros como nos creemos? Irrumpe nuestra voluntad de rebeldes, de emancipados contra algo que juzgamos una preocupación social, y un día vemos que esa preocupación social es en nosotros algo más que una convicción, más que un sentimiento..., es un instinto humano. Por suerte, hay un instinto de la honradez, como todos los instintos, tan egoísta, que sólo es exigente cuando se trata de la honradez de los demás, y su falta nos ofende o nos perjudica. Haya sido como haya sido, bien está que hayas visto claro en tu corazón y en tu conciencia.

JULIA

Es verdad, pero no es razón para destrozar nuestra vida, para consumirnos entre recuerdos y remordimientos... Yo no sabría vivir así, y quiero vivir, quiero vivir...

CARMEN

¿Quieres vivir? Como has vivido siempre, a tu voluntad, como tú quieras... Pero ¿no comprendes que ya no puedo ser lo que tú quieres?, ¿que él no puede perdonar tan pronto...?

JULIA

Si yo no pido, no quiero que me perdone... Al

contrario, quiero que mi vida sea mi expiación... Pero yo sabré expiar mi culpa de tal modo que antes que el perdón volverá el cariño, que hará el perdón innecesario. Mi vida será la que él quiera, más feliz cuanto más penosa; pero que él me vea siempre a su lado, que no pueda pensar nunca: «¿Qué será en su corazón de mi recuerdo?» Que me vea vivir, y aunque en días, en años, al espiarse en silencio nuestros pensamientos, todo lo pasado estará siempre entre nosotros, un día, un día... Por ese día yo viviré días y días penosos, ante las miradas que dirán de recuerdos tristes, ante los silencios enconados que dirán acusaciones y odio..., ante las palabras indiferentes, que en vez de descubrir esconden el pensamiento... Pero sobre esas sombras mi vida pondrá siempre la claridad de mi alma, y por ella verá al fin un día que no hay nada, nada en mi alma que no sea suyo...

MANUEL

Sí, al fin, un día... Pero quizás el tiempo necesite de la ausencia para el reposo espiritual necesario al perdón, que no es nunca sincero si antes que perdón no fué olvido. Sabes que Víctor se marcha esta misma noche.

JULIA

Sí. Sé que ha desistido de todos sus proyectos.

MANUEL

¿Desistir? ¿Qué podría ya emprender? Gracias que haya podido reunir lo preciso para pagar... ¿Lo sabías?

JULIA

Sí. Sé que aceptó de ti lo que tú le ofreciste. Gracias, por mí también, Manuel.

MANUEL

Sólo aceptó mi ofrecimiento por lo urgente del caso, pero apresurándose a buscar el dinero, que ya me ha pagado.

JULIA

Sí. Sé que han sido sus hermanos.

MANUEL

Para los que supone un sacrificio, porque ya sabes que no son ricos: negociantes en pequeño que necesitan de todo su dinero disponible para manejarse. Víctor les dijo de lo que se trataba. No, no dijo toda la verdad ni a sus hermanos. Tampoco era preciso. Ya lo sabían.

JULIA

¡Oh!

MANUEL

Gracias a la delicadeza, a la discreción de algunas personas que han intervenido en este asunto..., se sabe, se comenta... Y cuando una vez hemos pensado mal de alguien, somos de tal condición, que mejor quisiéramos que él rectificara su buena conducta que nosotros nuestro mal pensamiento. Dios libre a cualquier hombre honrado de una equivocación que le lleve a la cárcel, porque aunque salga de ella absuelto y con todos los pronunciamientos favorables, ya siempre será el que estuvo en la cárcel...; lo de que fué sin culpa y salió absuelto, que lo diga él mismo, porque los demás no han de decirlo.

JULIA

De modo que ¿aún hay quien cree... lo creen todos...?

MANUEL

No lo creen... Creer y afirmar supone algún valor... Se duda y se deja creer a los que no lo saben...

JULIA

¿Y qué vida será la suya? Sé que va de director a un centro de industrias eléctricas.

MANUEL

¿De director? No; va como un empleado más, casi un obrero, con un sueldo... para vivir pobremente. De ese sueldo aún ha de pagar a sus hermanos; así se lo ha propuesto.

JULIA

¿Y ésa va a ser su vida? ¿Qué puedes hacer tú, sin que él sepa que yo...?

MANUEL

De mí, de nosotros no aceptará nada. Quiere vivir pobremente. Él también tiene de qué acusarse. La pobreza será su justificación para los demás y para él mismo.

CARMEN

Han llamado... Debe ser él. Vamos, Julia. Yo quisiera que hablarais, desearía que... Pero deja que Manuel hable antes con él, que sepamos lo que piensa... Tú no sabes. Da miedo su calma. No puede ser verdad...

JULIA

Que me oiga por última vez, y aunque sea

para maldecirme..., que se acuerde siempre..., siempre...

CARMEN

Vamos. *(Salen Carmen y Julia.)*

ESCENA IV

MANUEL y VÍCTOR, que entra seguido de un CRIADO, que trae una maleta y varios paquetes.

VÍCTOR

(Al Criado.) Déjelo todo aquí. Gracias.

CRIADO

¿Manda algo más el señor?

VÍCTOR

Nada. Muchas gracias. *(Sale el Criado. A Manuel, señalando a los paquetes.)* Mis compras.

MANUEL

¿No has olvidado nada?

VÍCTOR

He tenido que olvidar muchas cosas. Me pasaré sin ellas. Todo es acostumbrarse. Pero estoy

contento. Tendré mi caso, la casa de un obrero..., pero cerca del mar... El mar es buen confidente y tan buen consejero...

MANUEL

Nos escribirás alguna vez.

VÍCTOR

Sí. ¿Por qué no?

MANUEL

Queremos saber de ti. Y si algo necesitas...

VÍCTOR

Gracias, gracias por todo. (*Pausa, durante la cual Víctor arregla sus paquetes en la maleta.*)

MANUEL

Oye, Víctor... Perdón...

VÍCTOR

¿Qué quieres decirme?

MANUEL

¿Por qué finges conmigo?

VÍCTOR

¿Fingir? ¿Qué?

MARIO

Esa indiferencia, esa tranquilidad que no puedes sentir.

VÍCTOR

¿Indiferencia? ¿Tranquilidad? No sé. Algo mejor; sí, serenidad. ¿Te parece imposible? Recuerdo...., no lo olvidaré nunca, mi primera tristeza de niño. Un día mi padre me había reprendido injustamente, sentí una amargura indecible. Por primera vez en mi vida lloré a solas, lloré para mí, sin buscar el consuelo ni el amparo de nadie, como otras veces en mis lloros pueriles. Corrí a encerrarme en mi cuarto y antes de acostarme me asomé al balcón y allí lloraba, lloraba... Era una noche hermosa; en mi angustioso llorar desconsolado, alcé al cielo los ojos llenos de lágrimas, y al través de mis lágrimas, las estrellas del cielo parecían agrandadas, cercanas, hasta entrarse por mis ojos. La luz de cada estrella, irisada por mis lágrimas, era como una teia de araña de hilos de plata y colores de pedrería. Y ya fué un juego para mí contemplarlas, y al secarse mi llanto, mis ojos seguían absortos mirando al cielo... Y ¿qué podía pensar una criatura? Nada pensaba...; pero sentí como si toda la tristeza que angustiaba mi corazón de niño fuera a perderse

en la inmensidad del cielo. Sentí..., lo que pudiera sentir el río que fué por cauce estrecho al ver de pronto abrirse a su corriente la grandeza del mar. Ahora también, como entonces de niño, pero ahora con plena conciencia, no encaucé mi dolor en la mezquindad de mí mismo, rompí el cauce y dejé que fuera a perderse en la inmensidad del dolor humano. Y en esa inmensidad no hay este dolor, no hay esta culpa; todo el dolor es uno, una es toda la culpa... Todo..., no tiene más que un nombre: la vida... Ya lo sabes. Ya puedes decírselo a todos los que se preguntarán todavía: «Pero ese hombre, ¿qué piensa?, ¿qué hace?» Esperaban, querían... el espectáculo. ¿No es eso? Mejor si era sangriento. ¡No, eso no! Todo, antes que ver a la caterva entrarse por nuestra vida, a juzgar de nuestra conducta, de nuestros sentimientos más íntimos..., a discutir sobre ello, a pelearse, como discute y pelea por sus toreros. ¡Ah! Me parece oírles: «Le digo a usted que es un hombre honrado. Le digo a usted que es un sinvergüenza. Yo le conozco bien. Le conozco mejor.» Eso es lo que esperaban; les he defraudado. Sólo al pensar en todo esto, esta calma, esta serenidad ya me parece cobardía... Sí, soy muy cobarde. Somos muy miserables criaturas para juzgarnos unos a otros; para condenar, menos. Yo no hubiera podido vivir con el remordimiento de

haber castigado; pero quizás toda mi vida sentiré remordimiento de no saber si el no haber castigado fué por grandeza de alma o por cobardía...

MANUEL

Buena es cualquier razón que evite lo irreparable en nuestra vida. Y dices bien: Somos muy miserables criaturas para juzgarnos unos a otros.

VÍCTOR

Ni yo tan egoísta que, al juzgar a los demás, no empiece por culparme a mí mismo.

MANUEL

Y ahora, Víctor, que sé, que admiro la nobleza de tu proceder, no dudo en decirte que Julia quiere verte, que está aquí y sólo espera una palabra tuya... No quiere tu perdón, sólo quiere que tú dispongas cuál ha de ser su vida..., vuestra vida, Víctor. ¿Qué dices? No niegues a esa triste criatura la esperanza de redimir su falta. ¿Qué le diré en tu nombre?

VÍCTOR

Que me perdone.

MANUEL

¿Puedo llamarla?... *(En el silencio de Víctor, Manuel comprende su asentimiento y sale.)*

ESCENA V

VÍCTOR y JULIA. (Julia cae a los pies de Víctor, sin palabras, sin lágrimas; quiere hablar y no puede.)

VÍCTOR

¡No... allá! ¡Ni una palabra! ¡Silencio, silencio!

JULIA

Es verdad, sí..., silencio. Pero mírame, que yo sé que mi alma ha de asomarse a mis ojos con todo el dolor de mi vergüenza que me trae a ti como una pobre criatura desvalida, para arrastrarme a tus pies y decirte si mi vida te pesa, si te estorba, si aún puedes ser dichoso con saber que no existo, y el recordarme es sólo para maldecirme... Mírame y yo sabré leer en tus ojos, y si es mi condenación, será mi muerte, y que Dios me perdone.

VÍCTOR

Dios nos perdona a todos.

JULIA

Iré contigo.

VÍCTOR

Piensa que será otra vida: que quien viva a mi lado ha de vivir como yo, pobremente. Que nadie pueda pensar que en mi casa, conmigo, se vive de nada que no sea ganado con mi trabajo...; en una pobre casa, la casa de un trabajador...; trabajo humilde, sin más gloria ni más satisfacción que trabajar honradamente.

JULIA

Sí.

VÍCTOR

Que de mi trabajo aún he de pagar lo que mis hermanos, sacrificándose, pagaron por mí. *(Julia va hablar.)* No, calla. No quiero oír lo que vas a decirme... ¡Calla! Tú no puedes ofrecerme nada. Ya eres tan pobre como yo. Tan pobre como yo.

JULIA

¡Sí!

VÍCTOR

Piénsalo bien. ¡Tan pobre como yo!... Y si el cariño que nos unió un día y que sólo hablaba con palabras de eternidad: «¡Para toda la vida! ¡Para siempre!», pudo engañarnos, quizá también nos engañe esta tristeza de nuestra vida que hoy nos

une y que, por ser tristeza, quizá pudiera decir mejor: «¡Para toda la vida! ¡Para siempre!» No creamos en ninguna fidelidad, ni en la del cariño ni en la del dolor. Creamos sólo en nuestra lealtad para no engañarnos... Cuando nuestra vida te pese..., libre eres siempre de volver a tu vida.

JULIA

¡Nunca!

VÍCTOR

¡No! Sin juramentos, sin promesas... y sin recuerdos... Ni de los días felices ni de las palabras mejores. No recordemos nada. Ha de ser otra vida que empieza.

JULIA

¡Sí! ¡Otra vida! Tú lo dices por miedo a recordar. Yo lo recuerdo todo, miro frente a frente todo lo pasado, y por eso, con toda mi alma, porque siento en mí una fe y un amor como no sentí nunca, puedo decir con toda verdad: ¡Es otra vida, sí; es otra vida! *(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

ÍNDICE

Págs.

Lecciones de buen amor..... 7
Un par de botas..... 97
La otra honra..... 121

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Décima edición, esmeradamente corregida.—Precio: 4,50 pesetas.

Figulinas. Tercera edición, notablemente corregida y aumentada.—Precio: 4,50 pesetas.

Teatro fantástico.—Precio: 4,50 pesetas.

Vilanos.—Precio: 4,50 pesetas.

TEATRO

Precio de cada tomo: **4,50** pesetas.

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos, en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La*

comida de las fieras (comedia en tres actos y un cuadro). — *Teatro feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or waht you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto). — *Despedida cruel* (comedia en un acto). — *La gata de Angora* (comedia en cuatro actos). — *Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).

Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).

Tomo VII.—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (comedia en cinco actos).

Tomo VIII.—*Los favoritos* (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos). — *Mademoiselle*

de Belle-Isle (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).

Tomo IX.—*Al natural* (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).

Tomo X.—*Richelieu* (drama en cinco actos y nueve cuadros, original de Sir Bulwer Lytton), traducción.—*La princesa Bebé* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos).—*No fumadores* (chascarrillo en acción en un acto y en prosa).

Tomo XI.—*Rosas de otoño* (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).

Tomo XII.—*El susto de la Condesa* (diálogo).—*Cuento inmoral* (monólogo).—*La Sobresalienta* (sainete lírico en un acto y tres cuadros), música de D. Ruperto Chapí.—*Los malhechores del bien* (comedia en dos actos y en prosa).

Tomo XIII.—*Las cigarras hormigas* (juguete cómico en tres actos).—*Más fuerte que el amor* (drama en cuatro actos).

Tomo XIV.—*Manón Lescaut* (historia de amor en siete cuadros).—*Los Buhos* (comedia en tres actos).—*Abuela y nieta* (diálogo).

Tomo XV. — *La Princesa sin corazón* (cuento de hadas). — *El amor asusta* (comedia en un acto). — *La copa encantada* (zarzuela en un acto), música del maestro Lleó. — *Los ojos de los muertos* (drama en tres actos).

Tomo XVI. — *La sonrisa de Gioconda* (boceto de comedia en un acto). — *La historia de Otelo* (boceto de comedia en un acto). — *El último minué* (boceto de comedia en un acto). — *Todos somos unos* (sainete lírico en un acto). — *Los intereses creados* (comedia de polichinelas en dos actos, tres cuadros y un prólogo).

Tomo XVII. — *Señora ama* (comedia en tres actos). — *El marido de su viuda* (comedia en un acto). — *La fuerza bruta* (comedia en un acto y dos cuadros).

Tomo XVIII. — *De pequeñas causas...* (boceto de comedia en un acto). — *Hacia la verdad* (escenas de la vida moderna en tres cuadros). — *Por las nubes* (comedia en dos actos). *De cerca* (comedia en un acto). — *¡A ver qué hace un hombre!*

Tomo XIX. — *La escuela de las Princesas* (comedia en tres actos). — *La señorita se aburre* (comedia en un acto, basada en una poesía de Tennyson. — *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros* (cuento en dos actos y siete cuadros). — *Ganarse la vida* (comedia en un acto).

Tomo XX. — *El nietecito* (comedia en un acto). — *La losa de los sueños* (comedia en dos actos). — *La Malquerida* (drama en tres actos).

Tomo XXI. — *El Destino manda* (drama en dos actos de M. Paul Hervieu). — *El collar de estrellas* (comedia en cuatro actos). — *La Verdad* (diálogo).

Tomo XXII. — *La propia estimacion* (comedia en tres actos). — *Campo de armiño* (comedia en tres actos).

Tomo XXIII. — *La túnica amarilla* (leyenda china en tres actos. — Traducción). — *La ciudad alegre y confiada* (comedia en tres cuadros y un prólogo. Segunda parte de los *Los intereses creados*).

Tomo XXIV. — *El mal que nos hacen* (comedia en tres actos). — *Los cachorros* (comedia en tres actos). — *Caridad* (monólogo).

Tomo XXV. — *Mefistófela* (comedia-opereta en tres actos, en prosa), música del maestro Prudencio Muñoz. — *La Inmaculada de los Dolores* (novela escénica en cinco cuadros, considerados como tres actos).

Tomo XXVI. — *La ley de los hijos* (drama en tres actos). — *Por ser con todos leal, ser para todos traidor* (drama en tres actos). — *La honra de los hombres* (comedia en dos actos).

Tomo XXVII. — *La Vestal de Occidente* (drama en cuatro actos). — *Una señora* (novela escénica en tres actos). — *Una pobre mujer* (drama en tres actos).

Tomo XXVIII. — *La Cenicienta* (comedia de magia en un prólogo y tres actos, dividida en quince cuadros).— *Más allá de la muerte* (drama en tres actos). — *Por qué se quitó Juan de la bebida* (monólogo).

Tomo XXIX. — *Lecciones de buen amor* (comedia en tres actos). — *Un par de botas* (comedia en un acto).— *La otra honra* (comedia en tres actos).

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.

Gente conocida, comedia en cuatro actos.

El marido de la Téllez, comedia en un acto.

De alivio, monólogo.

Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)

La Farándula, comedia en dos actos.

La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.

Cuento de amor, comedia en tres actos.

Operación quirúrgica, comedia en un acto.

Despedida cruel, comedia en un acto.

La gata de Angora, comedia en cuatro actos.

Por la herida, drama en un acto.

Modas, sainete en un acto.

Lo cursi, comedia en tres actos.

Sin querer, boceto en un acto.

Sacrificios, drama en tres actos.

La Gobernadora, comedia en tres actos.

Amor de amar, comedia en dos actos.

El primo Román, comedia en tres actos.

¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)

El tren de los maridos, comedia en dos actos

Alma triunfante, comedia en tres actos.

El automóvil, comedia en dos actos.

La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.

Los favoritos, comedia en un acto.

El hombrecito, comedia en tres actos.

Por qué se ama, comedia en un acto.

Al natural, comedia en dos actos.

La casa de la dicha, comedia en un acto.

El dragón de fuego, drama en tres actos.

Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)

Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)

La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.

«No fumadores», chascarrillo en un acto.

Rosas de otoño, comedia en tres actos.

Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)

El susto de la Condesa, diálogo.

Cuento inmoral, monólogo.

Manón Lescaut, drama en seis actos.

Los malhechores del bien, comedia en dos actos.

Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.

El encanto de una hora, diálogo.

Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.

El amor asusta, comedia en un acto.

Los Buhos, comedia en tres actos.

La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.

Los ojos de los muertos, drama en tres actos.

Abuela y nieta, diálogo.

Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.

Señora ama, comedia en tres actos.

El marido de su viuda, comedia en un acto.

La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.

Por las nubes, comedia en dos actos.

La escuela de las princesas, comedia en tres actos.

El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.

Ganarse la vida, juguete en un acto.

El nietecito, entremés.

La señorita se aburre, comedia en un acto.

La losa de los sueños, comedia en dos actos.

La Malquerida, drama en tres actos.

El Destino manda, drama en dos actos.

El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.

La propia estimación, comedia en tres actos.

Campo de armiño, comedia en tres actos.

La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)

La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.*)

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.

El mal que nos hacen, comedia en tres actos.

De cerca, comedia en un acto.

Los cachorros, comedia en tres actos.

Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.

La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.

La ley de los hijos, comedia en tres actos.

Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.

La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.

La honra de los hombres, comedia en dos actos.

El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.

La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.

Una señora, novela escénica en tres actos.

Una pobre mujer, drama en tres actos.

Más allá de la muerte, drama en tres actos.

Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.

Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.

Un par de botas, comedia en un acto.

La otra honra, comedia en tres actos.

La virtud sospechosa, comedia en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.

Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.

La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.

La copa encantada, un acto, música de Lleó.

Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Se acabó la impresión de este libro,
en la imprenta
de la Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.),
el día XII de enero de MCMXXV.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
V.29
C.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 11 06 12 035 2